

Vieja grandeza mexicana
Nostalgias del ombligo del mundo*
René Avilés Fabila

Para Silvia Molina, afectuosamente, ella anticipó este texto de nostalgias

...Era otro México, la capital tenía apenas dos millones de habitantes y era hermosa con sus plazas y jardines recoletos, sus iglesias barrocas y el cielo era de un azul límpido e intenso; los crepúsculos incendiaban el cielo de rojos y naranjas y por las noches refulgían, allá en las alturas, las estrellas. Yo me quedaba embelesada al contemplarlas, mientras el viento fresco de la sierra del Ajusco acariciaba mi cara y hacía revolotear mi pelo. Éramos solamente veinte millones de mexicanos los que habitábamos nuestro hermoso país y la gente era buena.

Elena Garro

Para mí, de niño, en plena Segunda Guerra Mundial, el Centro (así, con mayúscula), el hoy llamado centro histórico, era mi casa, mi escuela, mi vida, el ombligo del mundo, era México. Así le decían mis abuelos maternos que vivían en el kilómetro número cinco del camino del Zócalo a Cuernavaca, que en un primer tramo llevaba el nombre de San Antonio Abad, luego, en el restante, Calzada de Tlalpan. Ese kilómetro cinco estaba, enseguida de Xola, marcado en lo que hoy es un terreno perteneciente al Circo Atayde, poco antes del lugar donde solían estar los hermosos títeres de Rosete Aranda. El río de la Piedad ya era de aguas negras, igual que el Churubusco y los canales que comunicaban Xochimilco con el Centro. Cuando la familia iba de compras, mi abuela decía, muy arreglada, vamos a México. Era entonces una ciudad pequeña de aires románticos, pueblerinos, mucha vegetación, calles desoladas y seguras, donde cada manzana tenía un sereno que daba vueltas y vueltas garantizándonos una noche tranquila. Los paseos que encabezaba mi abuelo llegaban a zonas distantes: Coyoacán, Xochimilco, Tlalpan, San Jerónimo Lídice (en honor de una ciudad víctima de los nazis) y San Ángel. Tomábamos el tranvía doble en Villa de Cortés y a veces, en San Fernando, Tlalpan, en la terminal, junto al restaurante Quinta Ramón, emprendíamos una segunda etapa que nos llevaba a la pirámide circular de Cuicuilco, o hasta el entonces solitario y hermoso Ajusco, del que hace un magistral retrato Martín Luis Guzmán en *La sombra del caudillo*, pasando por el Pedregal de San Ángel, donde todavía no concluían las obras de la Ciudad Universitaria ni existía la rumbosa colonia del mismo nombre, pero que abundaba en ardillas y conejos y una aceptable variedad de plantas nativas y pájaros.

Pero lo usual era el Centro, México, íbamos al cine, de compras o simplemente a caminarlo. Cuando comencé la enseñanza media, en 1950 ó 1951, me inscribieron en la escuela secundaria número 1, en Regina, a media calle de Pino Suárez, donde tomaba el camión de la línea General Anaya de regreso a mi casa en la colonia Ixtaccíhuatl. Allí comenzó mi conocimiento del Zócalo y sus alrededores. Hacía poco que le habían suprimido las fuentes y la vegetación para darle paso a una espantosa plancha de cemento, pese a ello, conservaba la belleza y la dignidad: Palacio Nacional lucía esplendoroso, así como las oficinas del Departamento Central y la Catedral Metropolitana, en cuyo atrio solía sentarse el afamado anciano, el sargento de la Rosa, un veterano, el único sobreviviente de la guerra de intervención francesa, para asolearse, a veces con uniforme militar y el pecho lleno de condecoraciones bien ganadas. Atrás de la enorme plaza había un mundo insospechado que pronto descubrí con la ayuda de mis padres. En Argentina y Guatemala, a un lado de la librería de los Porrúa, estaba el edificio donde mi abuelo paterno, don Gildardo F. Avilés, tenía un despacho en el tercer piso, atiborrado de libros, papeles y recuerdos de luchas magisteriales. Desde ese punto de arranque, aún antes de ser alumno de secundaria, cuando Pino Suárez era aún avenida estrecha, como la trazaron los conquistadores, vi la parte cultural y educativa, la zona literaria por excelencia en aquellos años. Como Salvador Novo en su prodigioso y memorable libro *Nueva grandeza mexicana*, escrito en 1946, hice, a petición de Silvia Molina, directora de Literatura del INBA, un recorrido, un paseo literario por esos rumbos para hacer nostalgias. Novo arrancó su capítulo “Hoy pura cultura” hablando de la Universidad, entonces dispersa por el Centro y cuyo punto más distante, me parece, era Mascarones, donde estudiaban primero Filosofía y Letras y luego, antes de convertirse en el

plantel número 6 de la Escuela Nacional Preparatoria, Ciencias Políticas. Seguía la entonces ilustre Escuela Nacional de Maestros, la Normal, donde estudiaron mis padres y en la que eran profesores varios de los legendarios estridentistas como Arqueles Vela y Germán List Arzubide.

El Centro del país, el ombligo del universo, como suponían los aztecas al fundar la Gran Tenochtitlan, lugar de sueños y aspiraciones que no desaparecieron con la conquista, sino que dieron origen a un pueblo nuevo, el mestizo, que reunió virtudes y defectos de dos razas poderosas, una civilización que enamora con sus edificios más bellos en donde hay muestras artísticas de la fusión o mezcla de dos culturas: una, en Chapultepec, donde existe una puerta de Chávez Morado que al cerrarse y quedar juntas las dos hojas, aparece la figura del mestizaje y otra más en el vestíbulo o entrada de la sala Manuel M. Ponce, esta vez de Rufino Tamayo.

En las calles trazadas por los españoles crearon una nueva arquitectura con las piedras de los templos, pirámides y edificios aztecas. Una cultura inmensa fue vencida y sepultada por el implacable conquistador. La capital del mundo azteca se convirtió en la de la Nueva España y poco a poco fue creciendo teniendo como eje el mismo pequeño territorio que el tiempo ha hecho crecer sin misericordia, atropellando ríos, lagos, bosques. En la Colonia surgieron infinidad de leyendas e historias fantásticas que hoy casi hemos olvidado. Más adelante, en sus calles nacieron personajes inolvidables como Jaime Torres Bodet (Allende 8, esquina con Donceles), quien más tarde sería dos veces secretario de Educación Pública, una de Relaciones Exteriores y, como corolario, director de la UNESCO, esto es, secretario de educación del mundo, como solía decir el historiador Arturo Arnáiz y Freg. Zona de artistas plásticos de talla: cientos de metros de muros fueron entregados a los pintores más

talentosos y polémicos que ha dado México: Siqueiros, Rivera, Orozco, Fermín Revueltas que estamparon su prodigioso arte en edificios como Palacio Nacional, la Suprema Corte de Justicia, San Ildefonso, la Secretaría de Educación Pública y la ex Aduana de Santo Domingo. Rafael Solana dejó un magnífico retrato estudiantil de aquellos tiempos en su novela *La casa de la Santísima*, mientras que muchos narradores, dramaturgos y poetas escribían sobre su paso por esas calles añosas, llenas de escuelas, cantinas, tequilerías, pulquerías, de cafetines y restaurantes modestos, de casas de huéspedes de extrema modestia, cuartos en vecindades ruinosas y ruidosos camiones que las cruzaban: Sergio Magaña, Andrés Iduarte, Efraín Huerta, Efrén Hernández... Dos palabras más sobre este inquietante y discreto escritor, maestro de Juan Rulfo, entre otros grandes narradores: en el despacho de mi padre, René Avilés Rojas (maestro, novelista, pedagogo e historiador), en Palma, casi esquina con 5 de Mayo, a unos pasos de la cantina La Puerta del Sol, había un retrato de Hernández dedicado. Mi padre solía mostrarlo con cierto orgullo y decía: A Efrén le debemos admiración y lealtad. El autor de "Tachas", por cierto, vivió en la Avenida Hidalgo 85, una vecindad que ahora es el Hotel Cortés.

En lo personal, dos o tres lugares, en aquellos tiempos distantes, me llamaban la atención, despertaban la imaginación y el morbo: el pequeño Museo de Cera situado en las calles de Argentina, donde ponían en la entrada a grandes figuras muertas como Jorge Negrete o el corredor de automóviles Felice Bonetto (fallecido en la Carrera Panamericana), y el Palacio de Minería, soberbio edificio diseñado y construido por Tolsá, que me obligaba a contemplar los aerolitos puestos en la entrada e imaginar de dónde venían. Enfrente, estaba el edificio que albergaba a la Secretaría de Comunicaciones y Transportes y la oficina de Telégrafos, un

hermoso edificio hoy convertido en museo de arte y al que le plantaron, a falta de mejor sitio, la estatua de Carlos IV obra del mismo Tolsá para crear una plazoleta que lleva su nombre.

El Centro, lugar con larga historia (donde muchas leyendas fueron recogidas por don Artemio de Valle Arizpe, quien vivió unos veinte años en Ayuntamiento 133, principalmente en su obra *Historias, tradiciones y leyendas de México*, por José Rogelio Álvarez --¿lo conocí en el Centro o en su casona de Churubusco?-- con su trabajo *Leyendas mexicanas*, y por Antonio Castro Leal en los dos tomos de *La novela del México colonial*), que ya era distinguido antes de la llegada de los españoles, toda esa zona respiraba educación, fineza, historia y cultura, eran tiempos de buen humor, ingenio, ironía y amenas cantinas. Asistí, acompañando a mi padre, a la Librería de Porrúa Hermanos y a la Antigua Librería de Robredo. En la primera, dice Novo, estaban los espíritus de Genaro Estrada y Joaquín Ramírez Cabañas discutiendo y en la segunda quedan los ecos de pláticas entre Carlos González Peña y Artemio de Valle Arizpe, cuya casa en la Colonia del Valle, que dicho sea de paso, fue sede del Centro Mexicano de Escritores, donde trabajé un año bajo la supervisión de Juan José Arreola, Juan Rulfo y Francisco Monterde. No es posible dejar de lado que allí, entre edificios avejentados y cafetines baratos se gestan el muralismo y diversos movimientos literarios, que en esas apretadas calles, vagaron los escritores de El Ateneo de la Juventud, en 1909; personas como, Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Julio Torri, Enrique González Martínez, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Martín Luis Guzmán, Rafael Cabrera, Antonio Mediz Bolio, Carlos González Peña, Isidro Fabela, Manuel de la Parra, Mariano Silva, Manuel M. Ponce, Julián Carrillo, Diego Rivera y Roberto Montenegro, deambularon imaginando un mundo nuevo, distante del

propuesto por el porfirismo con sus científicos positivistas y su moral anacrónica e intelectuales acartonados. Los ateneístas propusieron la recuperación de los clásicos y criticaron las bases educativas del positivismo. En 1911 Vasconcelos describió así al Ateneo de la Juventud: “Es el primer centro libre de cultura para dar forma a una nueva era del pensamiento. Nos hemos propuesto crear una institución para el cultivo del saber nuevo.” Entre sus grandes logros estuvo el nacionalismo en el arte y la cultura: una nueva estética que dejaba atrás las tendencias europeizantes del porfirismo y que miraba el alma popular. De esta generación surgen al menos dos de los grandes novelistas de la Revolución Mexicana: Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos y, al mismo tiempo, como una suerte de contradicción o de riqueza, Julio Torri hace una fina, elegante e imaginativa literatura breve que anticipa la de Borges y Arreola.

En estas mismas calles, alrededor de 1921, un grupo de artistas burlones, talentosos y llenos de ingenio crearon el estridentismo como una ruidosa propuesta cultural (o quizá contracultural) que se reflejaba en la consigna “¡Viva el mole de guajolote!” O en otras como las siguientes, todas de una profunda irreverencia: “Muera el cura Hidalgo, abajo San Rafael, San Lázaro, esquina con mayúscula, se prohíbe fijar anuncios.” Su idea (esbozada en la *Hoja de Vanguardia. Comprimido estridentista* de Manuel Maples Arce) era semejante a la de los futuristas, adorar con buen humor e ironía, las máquinas, la velocidad, la fuerza, lo moderno por encima de todo, pues libera al hombre de sus cargas de trabajo. En la esquina de Palma y Donceles, en un edificio hoy desaparecido, arrancaron los estridentistas su movimiento y más adelante tuvieron en la colonia Roma un café, el Café de Nadie: donde se precisaba el menú: “Merde pour les bourgoises”. Los más destacados estridentistas

fueron: Germán List Arzubide (en cuyo libro *El movimiento estridentista* hace un interesante recuento de sus luchas y de aquellas épocas inquietas, un hombre que era entrañable amigo de mi padre y un luchador incorruptible de buenas causas políticas), Arqueles Vela, Leopoldo Méndez, Ramón Alva de la Canal, Manuel Maples Arce, Germán Cueto, Jean Charlott y Fermín Revueltas.

Aunque el movimiento comenzó a declinar antes de 1930, los estridentistas siguieron participando en luchas antiimperialistas y en general del lado progresista. De todos ellos, al que más traté fue a List Arzubide y un poco a Arqueles Vela, maestro de mi mamá en la Normal. Al primero, poco antes de morir luego de cumplir los cien años de edad, lo acompañé en un cálido homenaje realizado por la UNAM en Chapultepec.

Casi al mismo tiempo que el estridentismo, surgía la generación que se agrupa en 1928 en torno a la revista *Contemporáneos*, cuya postura comenzaba con un rechazo al nacionalismo y buscaba nuevos horizontes en las vanguardias de la literatura y el arte europeo y norteamericano. Entre los segundos estaban Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Bernardo Ortiz de Montellano, Xavier Villaurrutia, Enrique González Rojo y José Gorostiza. Mi querido y admirado Rubén Bonifaz Nuño, quien estudió y se formó como inmenso poeta y traductor de los clásicos griegos y latinos en esa zona, me contó una broma de aquella época. Los estridentistas decían que los contemporáneos eran todos homosexuales, mientras que estos precisaban que los estridentistas, todos eran malos poetas. Concluye la broma de Rubén: Ambos tenían razón.

En su autobiografía *Tiempo de arena*, Torres Bodet hizo un retrato preciso y delicado, con su estilo elegante, de la formación de

Contemporáneos que agrupara a esa prodigiosa y audaz generación de nacidos más o menos entre 1902 y 1905, y que luchara contra el nacionalismo desaforado que prevalecía en aquel México posrevolucionario. Sus diferencias con Diego Rivera, por ejemplo, fueron intensas: el artista plástico dejó en uno de los murales de la SEP una burla tremenda a dicho grupo literario: un obrero, ante la indiferencia de Tina Modotti, barre con la “basura” artística y allí están los contemporáneos y sus afectos literarios como Joyce. En respuesta, Novo escribió más de un verso mordaz en contra de Rivera, los más famosos están en “La Diegada”.

Otra generación importante fue la de Taller (nacidos alrededor de 1914), que agrupaba, entre otros, a Octavio Paz, José Revueltas, Rafael Solana y Efraín Huerta. A este último y a Revueltas los conocí en los rumbos cercanos a la famosa Prepa 1, San Ildefonso, y a Rafael Solana en la Secretaría de Educación Pública cuando era secretario particular de Torres Bodet. Es posible que a Huerta lo haya tratado de manera inicial en los tiempos en que escribiera el poema “Mi país, oh mi país”, de cualquier forma, en ese barrio lo traté.

Es un tiempo dorado para el viejo Centro: hasta sus añosas calles llegan --nos dice Alejandro Gómez Arias en su autobiografía-- figuras de la talla de Gabriela Mistral, Ramón del Valle Inclán y Vicente Blasco Ibáñez, quien se alojó en el Hotel Regis. Otro personaje célebre de esos rumbos y esas épocas es Vicente Lombardo Toledano, uno de los Siete Sabios y un enorme promotor de las luchas sociales en México, creador de grandes instituciones políticas como la CTM, la Confederación de Trabajadores de América Latina (en un vano y grandioso intento por darle al proletariado mexicano y al latinoamericano la grandeza que advirtió Marx), el Partido Popular Socialista y la Universidad Obrera, sin duda un intelectual de

excepción y un pensador que aún ahora debemos leer con atención. A Vicente Lombardo Toledano lo conocí personalmente en las oficinas del Partido Popular (ya desaparecido), antes de que le agregaran el Socialista. En un texto poco conocido de José Revueltas, realizado en los comienzos de 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, narra un viaje por Perú y Ecuador y menciona lo conocido que resultaba Lombardo: “Cárdenas, Lombardo, Cantinflas, son los tres mexicanos más populares en los países sudamericanos.” No deja de ser interesante lo escrito por Revueltas en esos años distantes. Prosigue: “Desde luego que Cárdenas es el hombre más admirado, tanto por las izquierdas como por las derechas. Se considera al general Cárdenas como una especie de adelantado de América, el hombre que la representa, más claramente, con mayor propiedad, en sus anhelos y en sus esperanzas, ante el mundo. En seguida, y no sólo en el movimiento obrero, Lombardo Toledano. La gente tiene confianza en la obra de Lombardo, admira tal obra y tiene puesta en ella una gran esperanza. Junto a la solidaridad oficial de los países americanos, muchas veces solidaridad de puras apariencias, se juzga que la obra de Lombardo es la que realmente crea y establece una unidad americana, sólida, estable. Ni los propios enemigos dejan de ver que la labor desarrollada por Lombardo Toledano se traducirá, en el futuro próximo, en una de las armas más eficaces de nuestros pueblos para hacer frente a los problemas de la posguerra.” Es difícil explicar las conquistas del general Cárdenas sin su presencia. Fui con mi padre y Adelina Zendejas a la creación de una sociedad de amistad con el pueblo búlgaro y lo escuché expresarse con inteligencia, cultura y un lenguaje impecable. Pensé en aquella famosa polémica filosófica entre Antonio Caso y él, en *El Universal*. Hoy mantengo una afortunada relación de

amistad con su hija Marcela Lombardo, una mujer sensible que cuida el legado intelectual y político del padre.

Comencemos el paseo nostálgico por la Plaza de Santo Domingo. Recuerdo que una profesora mía, en París, me comentó que la Place des Vosges, donde está la que los franceses consideran la casa de Víctor Hugo, era, para ella, por su armonía, el sitio más hermoso del mundo. Si debo hacer una reflexión semejante, para mí es la Plaza de Santo Domingo, o de la Corregidora, me dirían otros. No quiero disminuir la majestuosidad de la Plaza de la Constitución, con el edificio más bello de América, la Catedral Metropolitana y su espléndido sagrario barroco, pero su enormidad abrumba, especialmente ahora que carece de vegetación, esculturas y fuentes que tuvo en otro tiempo, ahora que sus enemigos la han derrotado y convertido en descomunal plancha para mítines y protestas políticas. Por fortuna, Santo Domingo ha conservado su intimidad poética y su discreta mezcla de severos edificios y cordiales arcos, donde una heroína de la Independencia la preside. Si uno observa el notable óleo de Pedro Gualdi, “Plaza de Santo Domingo”, de 1841, podrá percatarse de que apenas ha modificado su grata y cordial apariencia.

El arquitecto Flavio Salamanca escribe lo siguiente sobre la Plaza de Santo Domingo: “El esquema racionalista en el trazado de la Ciudad de México, reticular, conforme a su herencia imperial, conservó de la cultura prehispánica solamente las dimensiones monumentales de la Plaza Mayor; en cambio, la plaza de Santo Domingo se identifica mucho más con las de villas y ciudades de Castilla que se construyeron en las postrimerías de la Edad Media. La complementación en el equilibrio de sus volúmenes y su desarrollo rectangular hacia el norte nos hace retener esa serie de valores nominados por la riqueza y sobriedad de sus

fachadas, mismas que favorecen la intimidad de sus interiores en la medida que respeta ampliamente la escala del individuo constructor y habitante. La plaza, parte integrante de la ciudad, va gestando una evolución cuyas bases quedan incluidas dentro del periodo barroco, en una época en que la forma de la ciudad cambia más despacio que la mentalidad de sus habitantes.”

Los aztecas pensaban que su ciudad, la misma donde ahora estamos nosotros parados, era el ombligo del mundo. No estaban equivocados, luego de su largo peregrinar encontraron un valle prodigioso y en su centro un soberbio lago que por desgracia ha desaparecido. Independientemente de la historia de sangre y fuego que el país tiene, las sucesivas generaciones destruyeron pero al mismo tiempo supieron edificar, por ello el barón Humboldt dijo que era la ciudad de los palacios.

En esta hermosa plaza estuvo la casa de Cuauhtémoc y como algo extraño y desconcertante, aquí mismo fue edificada la de la Malinche. Estamos a unos cuantos metros de donde se erigió el prodigioso Templo Mayor, justo en sus orillas, donde los españoles, sin conmovirse ante las lágrimas de los vencidos, comenzaron a crear la ciudad victoriosa.

El centro de la plaza nos permite observar hacia todos los puntos cardinales y todos nos devuelven historia y hermosura, pese a la destrucción, ha podido ser salvada en sus valores y armonía. Si bien el centro es la iglesia de Santo Domingo, y destaca la presencia severa de la que fuera sede de la Santa Inquisición (sin duda el edificio más imponente), tétrico, lúgubre, tiene la parte amable que dan los evangelistas, los que desde hace años han sido escribanos populares que redactan cartas de amor, misivas de afecto o cuestiones de apariencia jurídica para aquellos que no saben leer y escribir, invitaciones y folletería

modesta. La ex Aduana oculta una entrada discreta, antes común, a la majestuosa Secretaría de Educación Pública, la obra maestra de José Vasconcelos. Allí tenemos un hermoso mural de David Alfaro Siqueiros, como preámbulo a toda la galería de murales de Diego Rivera que decoran a la SEP.

La Aduana fue un sitio importante en la economía de la Nueva España, era la entrada de las mercancías a la ciudad, clave para el virreinato. La construyeron entre 1770 y 1780 con dos patios y dos portadas o fachadas. Hoy son oficinas de la SEP. Es sobrio y funcional y para mi encierra gratos recuerdos, pues albergó el sitio de trabajo de mi padre por muchos años, bajo las órdenes de don Celerino Cano, prestigiado educador.

La Santa Inquisición tiene, sin duda y por obvias razones, la historia más convulsa, fue sitio de dolor y pena. Creado en 1569 y concluido en 1571 por órdenes de Felipe II, rey de España, los tribunales se convirtieron en espanto de la población que comenzaba su lento tránsito hacia el catolicismo, una religión era abandonada por la de los vencedores. La fe católica se impuso con brutalidad y su más eficaz instrumento fuera lo largo de tres siglos, el tribunal del Santo Oficio, su historia concluye en 1820, cuando el país estaba a punto de consolidar su Independencia. Pero el daño hecho por la Inquisición fue tan atroz -- explica un historiador-- que la vergüenza del gobierno real de Fernando VII se manifestó al ordenar mediante un decreto del 22 de febrero de 1813, quitar, borrar o destruir todos los cuadros, pinturas e inscripciones en las iglesias, claustros y conventos, o en otro cualquier paraje público de la monarquía, en que estuvieran consignados los castigos, ya que "estos medios con que se conserva la memoria de los castigos impuestos por la Inquisición, irrogan infamia a las familias de los que los sufrieron, y aun dan ocasión a que las personas del mismo apellido se vean

expuestas a mala nota".

Vale la pena advertir que el lugar seleccionado para construir el edificio era un punto importante tanto en la vida azteca como en la hispana y con el tiempo resultó ser la zona donde se formó la nueva educación y cultura, nacieron los valores del México que hoy tenemos y por cuyas calles caminaron poetas, pintores, estudiantes de la primera universidad de la América Latina, narradores en busca de temas para sus novelas, músicos que preparaban obras de envergadura. En este vaivén de sueños y hazañas, estaba como eje la plaza de Santo Domingo, en el viejo centro histórico de la Ciudad de México.

Don Artemio de Valle Arizpe cuenta en sus amenas crónicas que estos terrenos pertenecían a los dominicos, quienes cedieron parte para edificar la Santa Inquisición. "El edificio, tal como lo hemos alcanzado --explica don Artemio-- no presenta en su exterior cosa notable, si no es su *esquina chata*, y su construcción de tezontle, que aunque sólido, le da un aspecto triste y sombrío." Pero si uno se adentra hay "una hermosa arquería a la que sostienen esbeltas columnas toscanas, y en la que llaman mucho la atención los arcos volados de los ángulos del primer piso, que en número de cuatro coinciden en un solo punto, sin nada que los soporte, lo que hace que parezcan sostener al aire, y por un prodigio de equilibrio, toda la parte superior de los corredores, con sus pilastras, arcos y vigas."

En 1823 en este local estuvo el célebre Servando Teresa de Mier prisionero por sus ideas avanzadas. Luego de la clausura definitiva de la Inquisición el 31 de mayo de 1820, hasta 1854, el edificio tuvo diversos usos: fue establecida la Lotería, el Departamento de Cárceles, fue, asimismo, cuartel. Posteriormente, el inmueble sirvió de Cámara del Congreso General y en 1833 funcionó como Tribunal de Guerra y Marina. Posteriormente albergó al Palacio de Gobierno del recién fundado Estado

de México; más tarde funcionó en él la Escuela Lancasteriana denominada "El Sol" y en 1841 el Seminario Conciliar y, por fin, Escuela de Medicina, cuyo primer director fue el doctor Francisco Ortega. Por instrucciones suyas, dice don Artemio de Valle Arizpe, "se levantó un tercer piso, procurando imitar el estilo arquitectónico de los primeros" y así podemos apreciarlo hoy.

En su interior reinó el dolor y la tragedia, el espanto, el miedo a la tortura sin límite para extraer confesiones. Era un lugar de calabozos y salas de interrogatorios, de instrumentos de tortura y sufrimiento. Dueño de misteriosos túneles y bóvedas o cuevas enigmáticas que sólo conocían los temibles inquisidores para ocultar sus aberraciones y los cuerpos de sus incontables víctimas. Como pasmosa contradicción la Universidad utilizó sus mismas mazmorras para convertirlas en aulas y formar médicos. Se transformó, pues en la Escuela de Medicina y allí estuvo por décadas hasta que fue creada la soberbia Ciudad Universitaria y comenzara el éxodo: del centro de la capital, la cultura se corrió hacia el sur, hacia el Pedregal creado por la erupción del Xitle, a un lado del Ajusco. En esos salones, los estudiantes de medicina también celebraban tertulias literarias, algunas de ellas fueron presididas por el atormentado poeta romántico Manuel Acuña.

La casa que ahora ocupan las oficinas de Coordinación Nacional de Literatura del INBA fue de don Andrés Quintana Roo y Leona Vicario, cuyo valor histórico es doble: por su belleza y por las luchas que allí se albergaron. Ella es la intensa participación de la participación de la mujer en la guerra de Independencia. Hoy está reconstruida con dignidad y respeto.

La Iglesia de Santo Domingo, construida por los dominicos, ha sufrido modificaciones que no han sido graves. Su bóveda de cañón construida

con tezontle, se sustenta en arcos de cantera y la fachada barroca tiene imágenes entrañables a los mexicanos: San Agustín y San Francisco de Asís en hornacinas bien conservadas. El bello altar mayor, terminado poco antes de la consumación de la Independencia, le es atribuido al arquitecto Manuel Tolsá, autor del llamado Caballito y del magnífico Palacio de Minería, conjunto que hoy forma otro maravilloso punto urbano que mantiene la dignidad de otros tiempos. Su inicio arranca en 1527 y conserva once capillas y el coro. La sillería es del siglo XVII.

Uno de los viajeros europeos que fijaron su atención en la iglesia de Santo Domingo fue el italiano Juan Francisco Gemelli Carrera, elogiado por Francisco Javier Clavijero, quien solía hacer amenas crónicas. Don Artemio de Valle Arizpe transcribe parte de su trabajo tomado de un libro ambicioso y hasta descomunal. El fragmento se titula “Cómo era el México de 1697” y describe un detalle apasionante: “En la iglesia de Santo Domingo se ve la capilla de un hijo del Emperador Moctezuma, y su sepulcro con la inscripción siguiente: *Don Pedro Motezuma, Príncipe Heredero del Emperador Motezuma, y Señor de la mayor parte de la Nueva España.* La iglesia es muy rica y el convento de tan grande extensión que caben ciento treinta religiosos en celdas muy cómodas. Uno de los descendientes de don Pedro era quien tenía entonces el empleo de virrey con el título de Conde Moctezuma.”

Cuando comenzó la edificación del México colonial, en la Plaza de Santo Domingo, vivieron hombres ilustres y poderosos, hechos al amparo de la conquista. Estaban el platero Pedro Fuentes, el cirujano Diego Pedraza, el factor Juan Velásquez de Salazar y el conquistador Cristóbal de Oñate. Como antes advertimos y una placa así lo indica: está la casa donde vivió la muy famosa y mítica mujer doña Marina la Malinche, cuya mayor herencia es la de su nombre convertido en sinónimo de traidor. A

principios del siglo XVII había una fuente que proveía de agua a los habitantes del lugar y una gran cruz de madera que cambió de sitio y finalmente desapareció. Más adelante fue quedándose sin figuras señeras y la poblaron personas populares, vendedores, comerciantes de toda clase. Yo la recuerdo alrededor de 1945, de nuevo cuidada y a salvo de intromisiones, llena de encanto, con sus famosos evangelistas, algunas discretas cantinas como la que solían frecuentar los estudiantes de Medicina, misteriosa, era una plaza muy hermosa. Por desgracia ha sufrido nuevas invasiones de mercaderes que impiden que el paseante o el turista aprecien toda su grandeza.

Por la Plaza de Santo Domingo ha pasado un sinnúmero de personajes principales, vale la pena conservar su hermosura para mostrar un magnífico ejemplo de la grandeza mexicana que primero Balbuena y luego Novo elogiaron. El sitio fue grandioso en la Gran Tenochtitlan, en la Nueva España sufrió profundas transformaciones que le dieron una belleza distinta, hoy es un símbolo de nuestra historia que ha sabido conservar su discreta elegancia, encanto y donosura, un ejemplo del barroco que en tierras mexicanas consiguió una interesante singularidad.

Que el siguiente paso sea la célebre Secretaría de Educación Pública, por ser el gran arranque del siglo XX y lo que significa para la educación y la cultura de los mexicanos. Para mí fue un edificio fantástico, desde muy niño, acompañando a mi madre, Clemencia Fabila Hernández, una y otra vez recorrí sus pasillos mirando los frescos de Diego Rivera. Esos patios me permitieron conocer personalmente a don Jaime Torres Bodet, Agustín Yáñez, Rafael F. Muñoz y afianzar la relación con Rafael Solana y José Revueltas, quien me publicara un libro inicial, una pequeña biografía del humanista y científico, músico y filántropo, premio Nóbel de la Paz en 1952 Albert Schweitzer, para tal institución. En ese mismo sitio, lleno

de calles entrañables, en República de Brasil 46, murió el afamado Manuel Gutiérrez Nájera, cuentista prodigioso, el 3 de febrero de 1895; en Tacuba 2 vivió Ignacio Manuel Altamirano; el dramaturgo Rodolfo Usigli vivió largo tiempo en Isabel la Católica 30, lugar donde existe un raro mural de Manuel Rodríguez Lozano: *El holocausto*; en Mina 93, casi esquina con Reforma vivió el poeta y dramaturgo Xavier Villaurrutia y en Isabel la Católica 97 nació el notable historiador y creador de instituciones memorables Daniel Cosío Villegas. Como si ello fuese poco, la enorme escritora sor Juana Inés de la Cruz estuvo por años en el convento de San Jerónimo en lo que hoy es Izazaga 92, Universidad del Claustro De Sor Juana.

La Secretaría de Educación Pública, fue creada el 12 de octubre de 1921, en el gobierno del general Álvaro Obregón, por José Vasconcelos. Fue por décadas el eje de nuestra cultura. Vale la pena reproducir aquel momento extraordinario y fragmentos del agudo y combativo discurso inaugural del titular. Eran tiempos afortunados para Vasconcelos, poco después, en 1929, intentaría llegar a la presidencia de México (¡un civil entre militares!) con trágicos resultados políticos para el país y con un golpe de fortuna: la autonomía de la Universidad... En la crónica de la inauguración del edificio de la SEP se precisa: “Son las once horas del día nueve de julio, año 1922, la Orquesta Sinfónica Nacional entona la *Marcha Heroica* de Berlioz; en el acto se encuentran presentes: El presidente de la República general Álvaro Obregón; los secretarios de Relaciones Exteriores, general Alberto J. Pani; de Comunicaciones, general Amado Aguirre; el subsecretario de Relaciones Aarón Sáenz, el gobernador del Distrito Federal, Celestino Gasca. Presencian, también, el concierto, funcionarios de la Secretaría de Educación Pública: José Vasconcelos (titular de la cartera); Carlos M. Peralta (Oficial mayor), Francisco

Figuroa (Subsecretario); Antonio Caso, rector de la Universidad Nacional. Se suman a la ceremonia todo el personal docente y administrativo del ramo, tres mil niños de las escuelas del Distrito federal y mil de las escuelas del interior de la República.”

El discurso de Vasconcelos fue memorable y original, lejos del lenguaje afectado de los políticos convencionales. Transcribiré fragmentos:

“La extensión del sitio (el terreno que ocuparía la futura dependencia educativa) era tentadora; todo el que miraba aquello debía pensar: ‘¿por qué no se hará aquí una gran casa, como las que hacían nuestros mayores en la época de Tolsá, en la época en que se sabía construir?’ Y se reflexionaba enseguida en la ruindad de las construcciones llamadas modernas, en la arquitectura porfirista que angostó las puertas señoriales, que redujo el vasto corredor español a un pasillo con tubos de hierro, en vez de columnas, y lámina acanalada en lugar de arquería; todo ruin como la época.

“Y contrastando con todo esto veíamos los corredores de la antigua escuela de Jurisprudencia, y pensábamos: ‘Poder construir ahora una obra así, con altos arcos y anchas galerías, para que por ella discurren hombres; construir con amplitud, construir con solidez’, y estos pensamientos de erigir una obra en piedra coincidían con los otros de construir una organización moral, vasta y compleja: La Secretaría Federal de Educación Pública; y unos y otros pensamientos se fueron combinando, y a medida que el proyecto de creación del Ministerio de Educación Pública cristalizaba en leyes y reformas constitucionales, el proyecto de este edificio también tomaba cuerpo rápidamente.

“En efecto, era necesario alojar la nueva Secretaría de Estado en alguna parte, y aunque los ricos de los barrios elegantes de la ciudad, incitados por el afán de lucro, se apresuraron a ofrecer en venta sus casas, yo las

hallé tan inútiles que para deshacerme de importunos dije una vez a un propietario introduciéndolo al aula mayor de la Universidad Nacional: ‘Mire usted, su casa cabe en este salón; no nos sirve’.

“Así era, en verdad, puesto que nosotros necesitábamos salas muy amplias para discurrir libremente, y techos muy altos para que las ideas puedan expandirse sin estorbo. ¡Sólo las razas que no piensan ponen el techo a la altura de la cabeza!”

Más adelante, en la *sui generis* pieza oratoria inaugural, Vasconcelos precisó parte del origen: “Y entonces, sin más estímulo que mi confianza en la Revolución, fui a ver al jefe del Ejército y le hablé de edificar un palacio y recibí la sorpresa de que le pareciera muy sencillo y viable el proyecto.”

En otra parte, José Vasconcelos dice algo en verdad desconcertante si tomamos en cuenta que entre sus escuchas estaban todas las autoridades políticas del país: “Comenzaron los trabajos formales el 15 de junio de 1921 y se han concluido al año casi de comenzados, lo cual establece un verdadero ejemplo de rapidez en un país tan amante del ocio, que no conforme con las innumerables fiestas religiosas y civiles tradicionales, todavía exige que cada partido que llega al poder invente fiestas y lutos que son pretextos para continuar la holganza.”

El resto de su fascinante intervención, Vasconcelos la dedica a explicar las características y detalles del soberbio edificio y las intervenciones de grandes artistas como Roberto Montenegro, Adolfo Best, Diego Rivera, Ignacio Asúnsolo, Federico Méndez Rivas (ingeniero autor del monumental edificio) y Manuel Centurión, a cuyo cincel se deben las figuras de ornamentación.

Como si todo ello fuera poco, en la parte contigua al edificio principal de la SEP, en lo que fue la Garita de Santo Domingo, luego de un mural

de Siqueiros, en el primer piso, estuvieron las oficinas donde sesionó la primera comisión del Libro de Texto Gratuito creada (en el periodo presidencial de Adolfo López Mateos), bajo la dirección de Martín Luis Guzmán, por René Avilés Rojas, Daniel Moreno y Adelina Zendejas. Ellos establecieron los lineamientos de la gran obra y produjeron los primeros volúmenes que han sido fundamentales en el desarrollo educativo del país. A eso de las dos de la tarde, aguardaba a mi padre para tomar una copa en alguna de las cantinas de la zona y me hablara de cómo iban los nuevos libros que harían, en efecto, gratuita la educación mexicana, tal como lo previera el artículo tercero constitucional.

En esos años, yo no era tan pequeño: tendría alrededor de dieciocho años. En cambio, mi único recuerdo sobre Vasconcelos, es borroso. Fui, muy niño, acompañando a mi papá, a visitarlo a una ruinoso oficina en la biblioteca de la Ciudadela. Yo hubiera preferido quedarme afuera, a jugar entre los cañones que rodeaban la efigie de Morelos y me llamaban la atención. No recuerdo la conversación entre el enorme escritor y mi padre. Su figura se me antojaba descuidada, avejentada, la de un hombre que fuera un gigante y que estaba en total decadencia, destruido por el Estado y así lo imaginé cuando leí el texto que luego seleccionó Gastón García Cantú en su antología *El pensamiento de la reacción mexicana*, 1965: “La B-H”, tomado de su libro *En el ocaso de mi vida*, y que en nada refleja al intenso y poderoso narrador y pensador que fue. Lo otro era una simple firma puesta al calce de dos diplomas dedicados a mi abuelo paterno, un infatigable educador formado por Rébsamen y que jamás toleró el artículo tercero constitucional, al grado de escribir un libro ruidoso: *Cómo el Estado embrutece al niño*. Asimismo fue uno de los fundadores de lo que más adelante sería el sindicato de maestros y, según

creo, un enemigo de Vasconcelos. Por desgracia, no sé mucho sobre esa intrigante figura familiar muerta cuando yo era pequeño.

Continuando nuestro recorrido llegamos al muy venerado Colegio de San Ildefonso, la Preparatoria para muchos más, para mí, por décadas, simplemente “la Prepa 1”.

Qué no decir de la Escuela Nacional Preparatoria o San Ildefonso (por sus aulas pasaron docenas y docenas de artistas e intelectuales en cierne). Sus patios, ilustrados por Orozco y Fermín Revueltas (y algunos otros), sirvieron para gestar muchas tareas y hazañas intelectuales. Allí estudiaron Frida Kahlo y Alejandro Gómez Arias, jóvenes amantes, tal como se ve en el filme *Frida* de Salma Hayek. En 1968, el ejército mexicano, luego de derribar la añosa puerta principal, la ocupó durante varias semanas. Uno de los más importantes retratos de los mejores años de la Preparatoria es producto de la pluma de Gómez Arias, integrante de Los Cachuchas, junto con Frida Kahlo, Manuel González Ramírez, Miguel N. Lira (un novelista tlaxcalteca poco recordado y muy apreciado por mí), Agustín Lira, Ángel Salas Bonilla, Ernestina Marín, Carmen Jaime, Alfonso Villa, Jesús Ríos Ibáñez y Valle, contemporáneos de una mujer que mucho aprecié y quise: Adelina Zendejas, también amiga cercana de Tina Modotti. Sus más distinguidos profesores eran Antonio Caso, Erasmo Castellanos Quinto y Ramón López Velarde. Páginas llenas de historias fabulosas y románticas, que cuentan la relación entre estudiantes inquietos y maestros distinguidos. Al respecto es posible leer en *Memoria personal de un país* de Alejandro Gómez Arias, capítulos intensos de una época inolvidable del viejo Centro de la ciudad capital. En este libro, su autor precisa que fue Tina Modotti quien incorporó a Frida al Partido Comunista y no Diego como muchos suponen. No obstante, es el muralista quien la hace apasionarse por la causa. Gómez Arias explica:

Con Diego, Frida “pasa todo el fervor partidista”, no en vano es modelo de varios murales de Rivera, en los que ella aparece como una militante comunista o como una eterna diosa roja, severa, ya lejos de la mujer hermosa que posaba desnuda para la cámara de Edward Weston.

Esta zona, religiosa y escolar, era ya emblemática desde tiempos inmemorables: “Desde su llegada a la Nueva España en 1572, los jesuitas iniciaron la labor de evangelización hacia zonas distantes de la capital que aún no habían sido atendidas por otras órdenes; y se abocaron a iniciar la fundación de colegios, como piedra angular de la propaganda fide o propagación de fe. A fines del siglo XVI surgió el Colegio de San Ildefonso, con la finalidad de hospedar a los estudiantes del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. Ese primer inmueble fue inaugurado en 1588, durante el gobierno del virrey Álvaro Manrique de Zúñiga. La importancia histórica del Antiguo Colegio de San Ildefonso radica no sólo en los aspectos arquitectónicos y artísticos del edificio, sino que va a la par con la vida estudiantil del país. El edificio que se conserva hasta nuestros días; data de la primera mitad del siglo XVIII.

“Su construcción inició con el Colegio Chico (actualmente ocupado por la Fimoteca de la UNAM). El resto del conjunto arquitectónico consta de dos claustros, que corresponden al Colegio de Pasantes y al Colegio Grande. Sobre la calle de San Ildefonso se aprecian las portadas barrocas del Colegio Chico con una escultura de la Virgen del Rosario, y la del Colegio Grande, rematada por un relieve de San Ildefonso recibiendo la casulla de manos de la Virgen María. Tras la expulsión de los jesuitas en 1767, el edificio tuvo diversos usos: Cuartel del Regimiento de Flandes, sede temporal de la Escuela de Jurisprudencia y de algunas cátedras del Colegio de Medicina; así mismo, fue cuartel de las fuerzas invasoras norteamericanas y francesas. De real y más Antiguo Colegio de San

Ildefonso pasó a denominarse Imperial bajo los gobiernos de Iturbide y Maximiliano, y Nacional, durante la Primera República.”

Escuela Nacional Preparatoria

Vayamos por el principio, como debe ser: en 1857 en México, las principales instituciones de educación media y media superior como los Colegios mayores de San Pedro y San Pablo, y el de San Ildefonso, estaban en manos del Clero, en el cual prevalecía una instrucción de tipo dogmática y no había otras formas educativas que no fueran las católicas.

“Con el establecimiento de la República y la Institución de la nueva Constitución de 1857, --precisan documentos de la UNAM-- el presidente Juárez, nombró Ministro de Justicia e Instrucción a Antonio Martínez de Castro, encomendándole la reestructuración de la enseñanza. Martínez de Castro designó al doctor Gabino Barreda para establecer las bases de la nueva.

“Gabino Barreda elaboró su proyecto educativo basándose en la corriente positivista del francés Auguste Comte, que anteponía el dogmatismo, el razonamiento y la experimentación. En este contexto, el 2 de diciembre de 1867, el presidente Juárez expidió la Ley Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal, en el cual se establecía la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria; los estudios que se impartirían serían los correspondientes para poder ingresar a las Escuelas de Altos Estudios.

“El 17 de diciembre del mismo año, el presidente Juárez nombra al Dr. Gabino Barreda como primer director de la ENP.

“De esta forma, el antiguo Colegio de San Ildefonso recuperó su vocación educativa en virtud del decreto del presidente Benito Juárez que estableció la Escuela Nacional Preparatoria. El inmueble fue

transformado gradualmente para dar cabida al positivismo pedagógico, con el lema Amor, orden y progreso.

“El edificio de San Ildefonso albergó durante casi seis décadas a la Escuela Nacional Preparatoria, hasta que en 1978 fue desocupado. En 1992, se tomó la decisión de remodelar el edificio, conjuntando para ello los esfuerzos de tres instituciones: La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA) y el Departamento del Distrito Federal (DDF). Con esta nueva vocación, se han presentado en este recinto importantes exposiciones nacionales e internacionales. Es en sí, el Antiguo Colegio de San Ildefonso uno de los ejemplo más claros y valiosos de México.”

A este lugar repleto de historia, que aparece en libros fundamentales, de prosa vigorosa y sonora, como *El desastre* de José Vasconcelos, yo solía acudir a buscar amigos y a ver los murales de Orozco y Fermín Revueltas, iba a la diminuta sala cinematográfica Fósforo y en El Generalito y en el auditorio Simón Bolívar escuchaba conferencias y sesiones musicales... En este último sitio, fue la ceremonia de entrega de diplomas cuando salí del bachillerato. En mi calidad de presidente de la Sociedad de Alumnos, primera generación, hablé por mis compañeros que egresaban. Hay una vieja foto, amarillenta, como es natural, en la que estamos los integrantes del presidium: Arturo Sotomayor, Pedro Vázquez Colmenares, Cuauhtémoc Cárdenas, el director de la preparatoria y yo. Es posible verla en mi página web.

Frente a San Ildefonso, se localiza en Justo Sierra 19 la Sociedad de Geografía y Estadística, otro recinto donde pasaron muchos mexicanos ilustres. Dicha organización fue creada por decreto presidencial el 28 de abril de 1833 y era el resultado de las fusiones de diversos organismos científicos y culturales. Allí destacaron Manuel Gómez Pedraza y Andrés

Quintana Roo. Durante la intervención francesa y el imperio de Maximiliano fueron interrumpidos los trabajos de la sociedad. Se reanudaron en 1868 con el concurso de Ignacio Manuel Altamirano, Eligio Ancona, Gabino Barreda, Antonio García Cubas, Manuel Payno, Ignacio Ramírez, Leopoldo Río de la Loza, Francisco Pimentel, y Vicente Riva Palacio, entre muchos otros.

Conocí íntimamente a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística cuando en su sección de historia estaban al frente Eulalia Guzmán y mi padre. Me tocó presenciar los festejos de la conmemoración de la intervención francesa y escuchar a los distintos ponentes. Doña Eulalia, como de costumbre, abrumaba con su erudición y su apasionada defensa de los valores prehispánicos. Todavía estaba fresca la polémica que produjo su descubrimiento de los restos de Cuauhtémoc. Del lado crítico, del que negaba el hallazgo, estaba el historiador Arturo Arnáiz y Freg, quien poco más adelante sería maestro mío en la UNAM. Otros dos personajes que conocí en ese sitio, fueron Ernesto de la Torre Villar (si no confundo las fechas, entonces director de la Biblioteca Nacional, situada en Uruguay e Isabel la Católica) y Francisco López Cámara, el primero historiador, muy cercano a mi padre, el segundo sociólogo, ambos asimismo maestros míos en la carrera. Ernesto de la Torre Villar, hombre de mucho talento y amplia generosidad (yo apenas había cumplido los veintiún años), solía invitarme a la Biblioteca y de allí íbamos a comer solomillo al Centro Vasco ubicado en 16 de Septiembre o al Casino Español, fundado en 1863 y cuyo actual edificio de hermosura palaciega lo construyeron en 1903 en la calle Bolívar, en un lugar privilegiado, cerca de la antigua ferretería Casa Boker, fundada en 1865 y de la casona señorial (1769) de los condes de San Mateo Valparaíso en donde se encuentran ahora parte de las colecciones de arte de la empresa bancaria

Banamex. Cuando fue creado el orgulloso casino, explican sus directivos, la Ciudad de México tenía ciento cincuenta mil habitantes y la colonia española apenas mil doscientos. Está visto que siempre fuimos dominados por una afortunada minoría, gracias a ello hoy es posible comer la condimentada y magnífica cocina española. Ello me recuerda a otro intelectual ilustre, José Iturriaga: me invitaba a comer costillas de cordero acompañándolas con algún buen vino francés: era una delicia escucharlo hablar de sus experiencias y viajes, de sus libros. Y si de gratas comilonas y buena conversación se trata, tengo algunas registradas en el Prendes con el republicano Alejandro Finisterre, hoy radicado en Madrid y entonces editor de bellísimos libros de poesía latinoamericana y una figura clave del exilio español.

Desde la Sociedad de Geografía y Estadística me tocó ver una pugna intelectual: la relacionada con el libro de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez*. La obra fue publicada originalmente por el Fondo de Cultura Económica dirigido por Arnaldo Orfila Reynal y produjo de inmediato el malestar de la burocracia política. El gobierno se molestó no sólo con la investigación antropológica sino también porque el mismo Fondo de Cultura había editado *Escucha, yanqui*, de Wrigth Mills. Al primero lo acusaban de denigrar a los mexicanos y al segundo de ponerse del lado de los comunistas. Ambos libros le costaron a Orfila la salida del Fondo para enseguida, reaccionando con dignidad, fundar la editorial Siglo XXI. *Los hijos de Sánchez* provocó una discusión curiosa: algunos la acusaron de ser una obra llena de “malas palabras”, grosera y vulgar, como sus personajes: una familia de Tepito, y que, en consecuencia, ofendía a los mexicanos. Otros, como Fernando Benítez y Armando Jiménez, el autor del libro mexicano más vendido, *Picardía mexicana*, la defendieron airadamente. Mi padre intervino en la polémica con un folleto que tituló

El mexicano y la coprolalia (que, según me dijo, estuvo a punto de ser ilustrado por su querido amigo el artista plástico Jesús Álvarez Amaya del histórico Taller de Gráfica Popular), editado por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Si mal no recuerdo seguía el tono humorístico de Jiménez, hombre de divertida y amena conversación y conocedor de cantinas, billares, bares, tugurios y salones de baile como nadie y a quien mucho apreciaba.

Por desgracia, sabemos que ahora la portentosa biblioteca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, patrimonio de los mexicanos, ha sido saqueada: de un acervo de más de 340 mil valiosos volúmenes y mapas de gran mérito, ha disminuido sensiblemente por las malas manos que han heredado tan insigne institución.

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística --primera de América y la tercera o cuarta del mundo, según donde se tome el dato, calificada como benemérita-- surgió al inicio de la vida independiente de México, en el marco de la primera Reforma Liberal. Es, pues, la de mayor antigüedad en el continente.

Sus documentos oficiales nos dicen lo siguiente: “Fue bajo la presidencia de Valentín Gómez Farías que el 18 de abril de 1833, con el fin de profundizar en el conocimiento del territorio y de la población que constituía al nuevo Estado, se creó el Instituto de Geografía y Estadística, pero éste no fue establecido sino hasta el 26 de enero de 1835, a instancias de Joaquín Gutiérrez de Estrada, ministro de Relaciones Interiores y Exteriores durante la entonces presidencia de Santa Anna.

“Por ella pasaron los hombres de los más diversos signos ideológicos, contrincantes en el ámbito político, pero unidos en su afán por consolidar a México como Estado independiente, fuerte y soberano, a través del conocimiento. Entre sus primeros socios numerarios figuraron: José

Gómez de la Cortina (presidente), Manuel Gómez Pedraza, Andrés Quintana Roo, Joaquín Velázquez de León, Manuel Ortiz de la Torre y Juan Nepomuceno Almonte. Tuvo también socios honorarios extranjeros y corresponsales, como Federico Humboldt en Alemania.

“En 1839, siendo ministro de Guerra y Marina Juan N. Almonte, durante la presidencia de Anastasio Bustamante, fue creada la Comisión Estadística Militar facultada para obtener datos a fin de publicar la estadística y carta general de la República. En 1846, el presidente José Mariano Salas decretó que la Comisión subsistiera hasta incorporar en la carta general las particularidades de los estados de la Federación así como elaborar el diccionario geográfico y la estadística nacional. En 1849 Gómez de la Cortina, Santiago Blanco y Ramón Pacheco propusieron que la Comisión se convirtiera en Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y el 28 de abril de 1851 el presidente Arista así lo decretó, a partir de la integración de la Comisión y del Instituto.

La Sociedad nunca desapareció, ni siquiera durante la intervención francesa, pues el invasor fue respetuoso con la cultura y el mariscal Bazaine propuso organizar una comisión científica, artística y literaria. El 10 de abril de 1865 el emperador Maximiliano estableció la Academia Imperial de Ciencias y Literatura. Luego de la restauración de la República, el 26 de marzo de 1868 el presidente Juárez, quien había sido corresponsal en Oaxaca de la Sociedad, dispuso su reorganización, quedando entonces integrada por Ignacio M. Altamirano, Eligio Ancona, Gabino Barreda, Gabino Bustamante, Ignacio Durán, Antonio García Cubas, Alfonso Herrera, José María Lafragua, Aniceto Ortega, Luis G. Ortiz, Manuel Payno, Manuel Peredo, Ignacio Ramírez, Leopoldo Río de la Loza y Vicente Riva Palacio, entre otros.

La lista de sus presidentes es también parte de la historia patria, citaré a un puñado de sus miembros, además de los ya citados, grandes mexicanos todos: José María Justo Gómez de la Cortina, Juan Nepomuceno Almonte, Miguel Lerdo de Tejada, Manuel Orozco y Berra, Joaquín C. Casasús, Alfonso Pruneda, Pastor Rouaix, Enrique C. Creel, Agustín Aragón, Juan de Dios Bojórquez, Ignacio León de la Barra, Jesús Galindo y Villa, Fernando Ocaranza, Jesús Silva Herzog, Emilio Portes Gil (ex presidente de México al que Juan José Arreola y yo vistamos varias veces: era un hombre que sabía mucho de literatura) e Isidro Fabela.

Antes de obtener una sede permanente, en el número 19 de Justo Sierra, edificio otorgado en usufructo a la SMGE, junto con la Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate, estuvo alojada en los salones de la Secretaría de Guerra y Marina de Palacio Nacional, en el Hospital de Terceros, en el antiguo edificio de El Volador.

Sus secciones de estudio son geografía, estadística, historia, economía, sociología, pedagogía, derecho, semántica, urbanismo, agrología, geociencia, arte, periodismo, planeación, demografía y bibliografía. Finalmente, vale la pena señalar que en sus mejores tiempos publicaba un boletín de mucha importancia para la historia nacional, ahora en manos de coleccionistas y en librerías de viejo.

Cerca de la Sociedad de Geografía y Estadística, se encuentra el edificio majestuoso que alberga al Colegio Nacional, otro sitio por donde desfilaron la mayor parte de nuestros más famosos intelectuales y científicos.

El Colegio Nacional, en la calle de Luis González Obregón, fue creado por decreto presidencial el 8 de abril de 1943. Su objetivo es promover los grandes valores de la ciencia y la cultura. Sus primeros miembros fueron

designados por el gobierno. Los restantes lo son por el cuerpo colegiado. Las figuras iniciales eran Mariano Azuela, Carlos Chávez, Antonio y Alfonso Caso, Ezequiel A. Chávez, Enrique González Martínez, Isaac Ochoterena, Ezequiel Ordoñez, José Clemente Orozco, Alfonso Reyes, Diego Rivera, Manuel Sandoval Vallarta, Manuel Uribe Troncoso, José Vasconcelos.

Más adelante ingresaron los siguientes literatos: Silvio Zavala, 1947, Antonio Castro Leal, 1948, Agustín Yáñez, 1952, Jaime Torres Bodet, 1953, Octavio Paz, 1967, Rubén Bonifaz Nuño, 1972, Carlos Fuentes, 1972, Jaime García Terrés, 1975, Salvador Elizondo, 1981, Antonio Alatorre, 1981, Gabriel Zaid, 1984 y José Emilio Pacheco, 1986.

Acompañando a mi padre, saludé a don Jaime Torres Bodet en los patios de El Colegio Nacional, cuando el poeta dictaba una conferencia sobre Balzac. Lo saludé emocionado y él me preguntó qué estudiaría. Sin pensarlo, repuse diplomacia. Curiosamente estudié Relaciones Internacionales, hecho que he ocultado no sé por qué. En vano leí sobre materias que nunca llevé a la práctica a pesar de las insistencias de Henrique González Casanova y, sobre todo, de Modesto Seara Vázquez, quizá por mi lejanía con el poder. Yo sí me he tomado en serio aquella conseja no cumplida de Octavio Paz, de mantener las distancias con el príncipe.

Me parece indispensable añadir que esa calle maravillosa toma su nombre del historiador Luis González Obregón, quien murió en el número 9. Para don Artemio era "afable y muy sapiente", también "ameno archivo que caminaba". Fue, como don Artemio de Valle Arizpe y Salvador Novo, un enamorado de la Ciudad de México y en consecuencia un cronista de sus historias y leyendas, de sus hechos y personajes. Al morir, había escrito docenas de libros sobre su amada

capital. El más bello retrato de sus últimos momentos lo escribió justamente don Artemio: “Don Luis González Obregón era uno de esos hombres con quienes desde el primer momento se siente uno ligado para siempre; su cordialidad hacía que acercándonos a él por primera vez, tuviéramos la exacta sensación de conocerlo desde hace muchos años. Estuvo siempre surto en su centro vital: la bondad y la comprensión. Las enfermedades lo fueron cercando poco a poco. Era un ancianito pálido, frágil, tan leve, tan delicado, que creeríase que un soplo de viento, aún el más ligero, se lo iría a llevar. Era como una lamparita que se iba consumiendo. Tantos achaques continuos lo pudieron en el último peligro de la vida. Tornaba a la salud y pronto volvía a luchar con nuevos males. No podía pasar adelante con tanta carga. Por fin la muerte le salió al paso la tarde del 19 de junio de 1938.”

Mi relación con el Centro, con los hermosos barrios, en palabras de Louis Aragon, es infinita. En 1960, luego de una accidentada y larga enseñanza secundaria que fue de la número 1 en Regina, a la número 6 situada en 5 de Febrero pasando por otras cuatro o cinco, me inscribí en la Escuela Nacional Preparatoria. Me asignaron, por mediación del popular porrista universitario Luis Rodríguez, Palillo, el plantel 1, pero casi enseguida fui enviado a uno de reciente creación, el número 7, en la esquina de Guatemala y Licenciado Verdad, a media calle de Palacio Nacional, del entonces Museo de Antropología y a un costado de la hermosa Catedral Metropolitana. Quedaba en un punto estratégico, entre dos extremos cercanos: la Academia de San Carlos y San Ildefonso y Medicina, que fuera la aterradora Santa Inquisición. El hermoso edificio que la UNAM le cedía a la preparatoria número 7, tenía leyendas (nos decían que estuvo Sor Juana Inés de la Cruz por un breve periodo) y un soberbio salón de actos llamado Paraninfo, una versión modesta de El

Generalito de la Preparatoria 1 o, si se quiere, del auditorio Simón Bolívar, cuya parte frontal tiene un prodigioso mural de Diego Rivera, fue ocupado por Odontología y por la Prepa 2. En ese edificio me formé como político estudiantil y me afilié a la Juventud Comunista y con José Agustín y otros menos afortunados me hice escritor de literatura. De alguna forma, el llamado movimiento calificado como La Onda por Margo Glantz, nace en esas aulas, más precisamente, entre esas aulas céntricas y Narvarte. Recuerdo que allí leí dos novelas de José Agustín, el que en esa época aún era Ramírez Gómez y yo le decía, como ahora, Agustín: *La tumba* y *De perfil*. Hasta esa escuela preparatoriana llegaban jóvenes escritores y había una vida cultural intensa. Conocí a Carlos Monsiváis, con quien los miembros de mi generación jamás logramos entendernos (Agustín le escribió una broma rimada, cito de memoria un fragmento: “Monsiváis, a dónde vais ni lo sabéis ni lo buscáis”), y tuvimos destacados profesores como Uberto Zanolli, Alberto Híjar, Arturo Sotomayor, José Castillo Farrera (quien evolucionó de una postura neokantiana al marxismo) y Salvador Azuela, hermano de Arturo. Las lecturas eran fantásticas y revolucionarias, nos conmovían, destaco una: *Lolita* de Vladimir Nabokov, publicada en 1955 y traducida por la Sur, Buenos Aires, en 1959, circuló, por último, entre nosotros en 1960. En el patio principal, mi maestro de Lógica, Eduardo Perera, mencionó dos autores que serían para mí fundamentales: Franz Kafka y Jorge Luis Borges, y otro, Ramón Vargas, que daba Estética, me enseñó a escuchar la música y a separar la vida privada del autor de la obra. Sensible y preocupado por sus alumnos, José Castillo Farrera, solicitó que escribiéramos cada uno un trabajo sobre ética. Yo seleccioné ética y literatura y puse como ejemplo la novela de D. H. Lawrence *El amante de lady Chatterly*. Mi asombro fue mayúsculo cuando el profesor lo

seleccionó para ser publicado en una revista, mejor dicho un boletín bibliográfico, de la Librería Herrero hermanos que estaba en 5 de Mayo. Digamos que fue mi arranque formal. Como si ello fuera poca cosa, allí conocí a una hermosa e inteligente jovencita, Rosario Casco Montoya, de quien me hice novio y más adelante esposo.

Pronto iniciaría la música de Bob Dylan, los Beatles y los Rolling Stones, era el momento de hacer de lado a Elvis Presley y a otros roqueros iniciales. Comenzaba lo que muchos han llamado la década prodigiosa, famosa no sólo por su rock combativo, no comercial, sino por las grandes protestas sociales de los jóvenes a escala mundial y yo comenzaría a asistir a la entonces Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, donde fui alumno por cinco años y luego me convertí en maestro universitario.

Cuando yo estudiaba en ese plantel, el director general de Preparatorias era Raúl Pous Ortiz. Durante la invasión a Cuba, en Bahía de Cochinos, salimos a las calles a protestar, la represión fue inmediata: el gobierno jugaba dos cartas: de un lado decía apoyar a la naciente Revolución Cubana, siguiendo los principios mexicanos de no intervención y autodeterminación de los pueblos, mientras que por el otro, reprimía a quienes mostrábamos abierta y decididamente solidaridad por aquel movimiento encabezado por Fidel Castro y Ernesto Guevara. Pous Ortiz, cuando cerré la Prepa 7 como protesta, ordenó mi expulsión por una semana y, como si eso fuera poco, llamó a mi mamá y delante de ella me regañó: No son los métodos para defender una causa, dijo en voz alta. Enseguida recordó sus batallas juveniles y añadió: Yo estuve en las jornadas vasconcelistas del 29, estoy citado por Roberto Blanco Moheno. Mi madre sonrió con benevolencia: nunca le gustó tal periodista. Hoy, el bello edificio universitario ha sido remozado, sus pisos

originales puestos al descubierto y convertido en Palacio de la Autonomía.

A un lado de la Prepa 7 o Palacio de la autonomía, se encuentra Palacio Nacional --edificado sobre parte del Templo Mayor azteca-- que era para mí un enigma; su tamaño descomunal y sus cientos de oficinas me causaban asombro. Era además el punto clave de la política nacional (allí trabajaba el presidente de México, antes de utilizar Los Pinos, creación del general Lázaro Cárdenas) como residencia y oficina, según la usanza norteamericana y con la Casa Blanca como modelo. Al mandatario en turno se le veía ir y venir, entrar y salir, diariamente. De todos los sitios de Palacio Nacional, y aparte de los frescos de Rivera, me fascinaba visitar a Benito Juárez, iba al sitio llamado el Recinto de Juárez y me conmovía la severidad con la que vivía y los atroces sufrimientos que padeció en sus últimos momentos, narrados de manera magistral por uno de sus mejores biógrafos: Héctor Pérez Martínez (muerto prematuramente en pleno ascenso político y literario, padre de mi querida amiga Silvia Molina) en *Juárez el impasible*. Como algo curioso, en esas épocas: los intelectuales estaban del lado del poder. Todavía se sentían los aires revolucionarios y el Estado dirigía la vida del país. No era raro que un mandatario, López Mateos, por ejemplo, tuviera a su lado a personajes como Gastón García Cantú, Henrique González Casanova, Edmundo Valadés y Juan José Arreola. Pero la relación entre intelectuales y poder es cambiante y muy riesgosa. Es en 1968 que los intelectuales rompen con el poder político (como de otra manera lo hicieron en 1929 en apoyo a Vasconcelos) y dejan para siempre (eso al menos suponemos) tanto Palacio Nacional como Los Pinos. Se destruyó la frágil y a veces sutil complicidad entre unos y otros. En lo sucesivo estarían, al menos los

más avanzados, frente al poder y al servicio de la sociedad pero de un modo vago, extraño.

El Zócalo ha sido tradicionalmente parte de la cultura política nacional, pero sus profundos hechos han dejado huella en la literatura. Un ejemplo trágico. Allí murió el padre de Alfonso Reyes, el general porfirista Bernardo Reyes, en la Decena trágica en un intento de golpe de Estado y no exento de dramatismo, sobre todo cuando a caballo, el viejo militar, formado en las luchas liberales, desenfunda la pistola y le responde a su hijo Rodolfo que le advierte que lo van a matar las dos hileras de soldados leales a Madero que defienden Palacio Nacional: “Sí, pero no por la espalda”. Años más tarde don Alfonso Reyes escribiría una plegaria, “Oración del 9 de febrero” que sólo se publicó en 1963, cuatro años después de su muerte. Asimismo su texto *Ifigenia cruel* ha quedado ligado a esa muerte que evidentemente mucho le afectó.

Como ya lo mencioné, no era extraño que en el pasado, los artistas e intelectuales estuvieran cerca del poder, más aún, que trabajaran dentro del Estado. La UNAM, por ejemplo, parte del Estado, ha sido siempre una gran productora de escritores y personas de alto nivel. No sólo produjo cuadros dirigentes, estimuló a los ya existentes. Por la SEP pasaron infinidad de ellos, lo que permitió una buena relación entre el príncipe y el poeta, para decirlo con la terminología de Octavio Paz, quien dicho sea de paso, trabajó al servicio de Relaciones Exteriores, designado por el Poder Ejecutivo embajador, dentro de una larga tradición de intelectuales diplomáticos, en la que Amado Nervo, Efrén Rebolledo, Enrique González Martínez, Octavio G. Barreda, Manuel Maples Arce, Federico Gamboa, Alfonso Reyes, José Gorostiza y el propio Paz fueron grandes personajes, figuras titánicas, que le dieron un brillo peculiar a la diplomacia mexicana, en esos tiempos distantes, algo que

prestigiaba a México enormemente y que hoy sencillamente no existe. En sus oficinas estuvieron muchísimas figuras de las letras. Esta suerte de buen maridaje concluyó abruptamente en 1968. Si antes José Revueltas trabajó en la SEP, ahora estaba junto a los huelguistas y enfrente del Estado. En este mismo lugar, en el Zócalo, de cara ante Palacio Nacional, él y muchos otros artistas lo encararon. La respuesta fue brutal y Revueltas fue a parar nuevamente a la cárcel, ahora a Lecumberri, donde ya había estado seis años el legendario artista plástico y militante comunista David Alfaro Siqueiros. Ha trascendido que Agustín Yáñez, entonces titular de la SEP, preocupado por el curso de la situación represiva, quiso renunciar al cargo, pero aquellos eran tiempos de subordinación al poder Ejecutivo, al señor presidente, y no lo consiguió.

No obstante, el movimiento del 68 daría margen para que muchos escritores trataran la lucha, épica para algunos. En esa literatura destacaron dos escenarios: el Zócalo, fin de las grandes manifestaciones, algunas alegremente ruidosas y otras desconcertantes como la del silencio y la Plaza de las Tres Culturas, con la masacre de Tlatelolco. La lista de libros sobre esta violenta ruptura entre el mundo intelectual y el poder es larga, destacan los libros de Luis González de Alba, Gonzalo Martré, Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis y René Avilés Fabila. De alguna manera se pueden entroncar, con la modestia del caso, con la novela de la Revolución Mexicana. Cuando el movimiento estudiantil arrancaba, estuve en la plancha del Zócalo, sentado en el piso, con José Revueltas, no lejos estaba mi padre, escuchando las severas críticas al poder. Pocos días después, Pepe se incorporaría a la lucha y la enriquecería con su enorme bagaje cultural y político, con su honestidad a toda prueba y con su amor por la revolución.

Como paradoja, Carlos Salinas congregó en el primer año de su mandato, a todos los artistas e intelectuales en los patios de Palacio Nacional, para anunciar que crearía el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, un paso adelante en el desarrollo cultural de México, en el que Octavio Paz tuvo mucho que ver. Recuerdo toda esa mañana en Palacio con Juan José Arreola: alardeando mi buena memoria con sus cuentos perfectos y de excepcional hermosura.

Hoy el inmenso Palacio Nacional, lleno de historia, asfixiado por ambulantes y protestas políticas y sociales, pintarrajeado por manos inescrupulosas, desestimado por los políticos y escasamente valorado por los capitalinos, espera su futuro. Algunos dicen que será el de un museo, otros vaticinan que recuperará su grandeza política al ser habitado, como en la época de Benito Juárez, por el presidente de la República. Por lo pronto, cuando escribo estas líneas, toda la importancia radica en Los Pinos. El tiempo la ha convertido, al modo norteamericano, en casa y oficinas.

A un costado de El Palacio Nacional, en la calle de Moneda, estaba El Museo de Antropología y uno comenzaba a deslumbrarse desde la entrada, donde de modo muy visible descansaba el Calendario Azteca y la supuesta piedra de los sacrificios, en sus pasillos y salas podía admirar restos de culturas prodigiosas que murieron súbitamente. Poco más allá brillaba San Carlos repleto de sueños de artistas plásticos que en unos cuajaron plenamente y en otros se desvanecieron. En la esquina de Moneda y Licenciado Verdad estuvo la casona que albergó en 1536 a la primera imprenta de América, producto del talento de Juan Pablos y Esteban Martín. Ahora, dignamente restaurada, pertenece a la UAM y es utilizada para que sus investigadores y docentes intercambien información o lleven a cabo pláticas y conferencias. Ah, y a media calle

sobre Moneda, está la antigua cantina El Nivel, donde muchos estudiantes, académicos e intelectuales y escritores hemos hechos paradas obligatorias.

Otra zona importante de nuestro recorrido nostálgico lo constituyen los alrededores del Palacio de las Bellas Artes, que a un lado tiene el hermoso edificio estilo veneciano de Correos (1902-1907, obra del italiano Adamo Boari), ha sido el mayor escenario cultural y artístico del país. En mejores tiempos tenía a un lado, justo en el arranque de la Alameda, la Pérgola y allí una librería propiedad del español Rafael Giménez Siles, socio de Martín Luis Guzmán y un restaurante encantador. El monumento a Beethoven es una obra rara en México que por lo regular sólo exalta a sus propias figuras; otras dos de este tipo están en lo que fuera la antigua Biblioteca Nacional, perteneciente a la UNAM, que en la esquina tiene a Alexander von Humboldt y el modestísimo (y feo) busto de Federico García Lorca ubicado en la pequeña calle del mismo nombre, en la sencilla pared del antiguo templo de Corpus Christi, del siglo XVIII, frente al Hemiciclo a Benito Juárez. Vale la pena señalar que entre las muchas esculturas de la Alameda, estaba, no lejos del hermoso Hemiciclo realizado por el gobierno de Porfirio Díaz, y a unos metros del desnudo *Desespoire*, la más famosa, *Malgré tout* de Jesús Contreras, quien la hizo, a causa de un desafortunado accidente, sólo con el brazo izquierdo, hoy, para evitar la barbarie, su lugar lo ocupan copias. En las bancas de esa Alameda entonces llena de árboles y fuentes, solía descansar una pintora, la hermosa y llena de talento Nahui Ollín, Carmen Mondragón, quien viviera en 5 de Febrero 18, casi esquina con República de Uruguay. Poco a poco enloquecía, lejos del Dr. Atl y enamorada del capitán Eugenio Agacino (sobre ella existe un libro notable de Adriana Malvado: *Nahui Ollín: la mujer del sol*). Abajo, hacia el Zócalo, por 5 de Mayo y Filomeno

Mata, el Café París era muy visitado por escritores, no olvidaré que lo frecuentaba Carlos Pellicer. Alguna vez saludé a mi tío abuelo, el antropólogo y escritor Alfonso Fabila, autor de enormes estudios sobre los pueblos indígenas, llamado el Apóstol del Indio por el crítico de arte Antonio Rodríguez, cuando conversaba con un hombre ya viejo, de aspecto gentil: Es don Manuel Gamio, me dijo mi tío al presentármelo alrededor de 1958. De ese mismo sitio, Luis Herrera de la Fuente hace, nostálgico, un recuerdo en su libro *Un testimonio de la cultura del siglo XX*: “Hubo dos cafés a los que fui: París, en 5 de mayo, y Madrid, que desapareció hace muchos años, en Artículo 123. Allí, en el Café Madrid, oía hablar todos los días a Elí de Gortari, porque hablaba con una voz muy contundente; hablaba mucho de Hegel... pronunciaba con sonoridad: ‘HEEGEEL’. Cuando llegaron los españoles, los inmigrantes españoles de la República, por lo menos cincuenta o sesenta de ellos estaban en ese café, o en Sorrento. Oía uno hablar a León Felipe, sentado en la mesa contigua. Pero frecuenté mucho una mesa en el Café París, donde se reunían Ermilo Abreu Gómez, Rubén Salazar Mallén, Jerónimo Baqueiro Foster, que era crítico de música, un grabador muy dulce, muy bueno, una persona blanca, Abelardo Ávila, de la Escuela Mexicana de Grabado... Luego, Carlos Pellicer, mi maestro de historia del arte. Con él hablamos también muchísimo, un pequeño grupo de alumnos; se habló de México, fue una relación intelectual que tuvo mucha influencia en nuestro grupo de muchachos.” El Café París fue citado como ejemplo de belleza y buen gusto por el periodista Ricardo Cortés Tamayo en una nota, “La taberna”, publicada en *El Día* de Enrique Ramírez y Ramírez. Para mayor precisión, fue en una columna memorable, “Del Zócalo al Periférico”, mezcla sutil y anticipada de periodismo y literatura, pequeñas crónicas urbanas. La única vez que pude ver al filósofo Samuel

Ramos con su esposa, más adelante amiga mía, la novelista y poeta Adela Palacios, autora de libros como *Adrián Rubí* y *Tangente*, fue en ese sitio, alrededor de 1957. Con Ramos, muchos pensadores mantienen deudas impagables, por ejemplo, Octavio Paz. *El perfil del hombre y la cultura en México* lo coloca como el primer gran intento de explicar lo mexicano.

Tengo la impresión de que no hubo artista o intelectual mexicano de esos años que no visitase el afamado Café París. La lista es interminable, diría que infinita.

Hoy, cercano a ese sitio desaparecido, está en el número 8 de Filomeno Mata el Club de Periodistas (inaugurado por Adolfo López Mateos en 1962) y en la esquina, la antigua cantina La Ópera, lugar en donde bebieron las más distinguidas personalidades del mundo literario mexicano y, en donde afirman los meseros, hay en el techo una bala disparada por Francisco Villa, sin duda una broma o tomadura de pelo que atrae a turistas pobres por cientos. Recuerdo fotografías donde posaban Carlos Fuentes, Fernando Benítez, José Luis Cuevas y otros más. Fue asimismo escenario de una gran fiesta que Carlos Fuentes le dio al novelista norteamericano William Styron cuya novela *La larga marcha*, acababa de ser publicada en México por Joaquín Mortiz. Hasta hace poco, el poeta Alí Chumacero ahí se reunía con alumnos y amigos como Carlos Montemayor, Bernardo Ruiz y Marco Antonio Campos. En La Ópera consolidé mi amistad con Arturo Azuela y Raymundo Ramos con quienes compartía el periodismo en *El Día*, diario situado en Insurgentes, cerca del Paseo de la Reforma, recién formado por Enrique Ramírez y Ramírez, en donde ya colaboraban los talentosos jóvenes María Luisa Mendoza, Alberto Beltrán, Edmundo Domínguez Aragonés, Arturo Azuela, Raymundo Ramos, Arturo Cantú, Miguel Donoso Pareja y José Agustín. En esa cantina, por último, hice largo tiempo amable tertulia con el

escritor peruano Manuel Mejía Valera (quien por fortuna me hizo conocer a Jorge López Páez) y con el poeta tabasqueño Dionicio Morales. Debo añadir algo más sobre Donoso Pareja: ecuatoriano como mi querido Demetrio Aguilera Malta, vivió entre nosotros largos años: su trabajo es imposible de olvidar. Creó por todo el país talleres de narrativa y poesía, organizó conferencias y ciclos de literatura, promovió premios que son vigentes. Radica de nuevo en su natal Guayaquil. Y si de extranjeros hablamos, imposible dejar de citar a D. H. Lawrence, el novelista inglés (uno de mis favoritos, gracias a *El amante de Lady Chatterley*), que se enamoró de México tanto o más que Malcom Lowry o alguno de los miembros de la generación beat, quien se hospedó en República de Uruguay 69 en el Hotel Montecarlo, en los años veinte, del mismo modo que el celeberrimo José Martí vivió en una casona en San Ildefonso 40, hoy remozada gracias a ser la representación del estado de Tlaxcala. Hasta ese lugar llevé a mi novia a mostrarle la placa que indicaba tal hecho. Antes le había regalado un pequeño poema que Martí le hizo, como Manuel Acuña, a Rosario de la Peña, quien fuera la famosísima musa de tantos poetas de la segunda mitad del siglo XIX. El asunto es que mi novia, hoy mi esposa, como lo he mencionado, se llama Rosario, por tal razón memoricé el famoso *Nocturno* de Acuña y supe muy pronto que había vivido en el edificio de la Escuela de Medicina, frente a la Plaza de Santo Domingo y allí mismo se había suicidado, fiel a su romanticismo.

Otra escuela de periodismo para mi generación, fue el suplemento cultural de *El Nacional* (cuyo edificio estaba atrás de la Lotería Nacional), en el que mucho aprendimos, fue la *Revista Mexicana de Cultura*: junto con Manuel Blanco y Humberto Musacchio, bajo las órdenes ejemplares del inmenso poeta español, comunista por añadidura, Juan Rejano.

Y ahora, si de restaurantes hablamos, muy en el estilo de Salvador Novo, habrá que citar al Prendes, de grato menú y magnífica carta de vinos, por cuyas salas, decoradas, entre otros por el Dr. Atl, comieron y bebieron todas las celebridades culturales y artísticas de México: recuerdo a Fernando Benítez, al estupendo poeta y periodista Renato Leduc, quien apoyó la creación del suplemento cultural *El Búho*, mis admiradas amigas Pita Amor y Lola Olmedo, Luis Spota, María Félix y el marido en turno, Carlos Fuentes, José Luis Cuevas... Estaba en 16 de Septiembre casi llegando a San Juan de Letrán, pegado al pasaje Savoy y enfrente del cine Olimpia. Un buen recuerdo personal de ese restaurante fue la reunión citada por el subsecretario de Cultura, Martín Reyes Vaysade, con el objeto de organizar el traslado del mural de Diego Rivera del destruido Hotel del Prado a un local especialmente construido a un lado del espacio que ocupara el Hotel Regis. Algunos de los que nos encontramos allí fuimos Martín, Javier Barros Valero, director del INBA, Rafael Tovar y de Teresa y yo como representante de la parte cultural del entonces Departamento del Distrito Federal.

En esas calles entrañables, en Madero, cerca de Motolinía, para ser preciso, estuvo una empresa de artículos fotográficos llamada Calpini, allí íbamos de niños a alquilar películas de Chaplin, El Gordo y el Flaco, Flash Gordon que veíamos todos los niños de mi calle. Estaba antes del hotel Ritz. Y ya que mencioné la amplia avenida San Juan de Letrán, en mis años de preparatoria circulaba una leyenda que no pude comprobar: cuando el Che Guevara llegó a México, antes de vincularse con Fidel Castro, se vio obligado a convertirse en fotógrafo para sobrevivir. Fotógrafo ambulante. Al escucharla, imaginaba de inmediato a esos hombres que te atrapaban con instantáneas, te entregaban un papel y con éste, si te interesaba, ibas a unas oficinas ajustadas, en esa misma calle, a

recogerla por una suma modesta. Mi mamá y yo conservamos docenas de esas fotos. ¿Alguna fue tomada por el guerrillero?

Me gustaba pararme en la entrada del Palacio de Bellas Artes y desde allí contemplar el paisaje urbano. Era estupendo. Los edificios ya mencionados contrastaban con la severidad y elegancia del Guardiola, la Nacional, empresa aseguradora, la Torre Latinoamericana, la amplia avenida que en ese tramo se llamaba San Juan de Letrán, pero que al inicio de sur a norte era Niño Perdido y el último tramo llevaba el nombre de Aquiles Serdán, los restos de San Francisco y el templo de San Felipe de Jesús, en honor del mártir sacrificado en Japón en 1597 y un poco atrás, oculta de los paseantes y turistas, nuestro modesto barrio chino, la calle de Dolores que ha sabido mantener con decoro la presencia de los chinos en la Ciudad de México merced a una buena cocina oriental.

Hacia el punto clave donde estaba “el caballito” de Tolsá, estaban los diarios más notables de México, los que hacían historia. Avenida Juárez, para mí, se convertía hacia el monumento a la Revolución en un lugar distante y vivía con una idea fija: así como subí a al Ángel de la Independencia con mis padres, me encantaría conocer esa enorme masa gris de cemento en cuyo interior estaban los restos de varios de los héroes revolucionarios. El siguiente paso nos era familiar a los muchachos de la época: el Panteón de San Fernando, donde reposaba la figura hierática de Benito Juárez, en un hermoso y sobrio mausoleo, no lejos de donde estuvo su eterno enemigo Miguel Miramón, quien fuera tenaz conservador y el presidente de México más joven que hemos tenido o padecido: su tumba está vacía, su viuda sacó sus restos al saber que Juárez estaría no lejos de su marido.

Este sobrio y pequeño cementerio, construido en las afueras de la vieja ciudad, alberga los restos de figuras claves para la historia nacional, están

Vicente Guerrero, Ignacio Comonfort, el joven general Leandro Valle, compañero de estudios en el Colegio Militar de Miramón y fusilado sin juicio por los conservadores en 1861, Francisco Zarco, símbolo del buen periodismo mexicano, Mariano Otero, el general Ignacio Zaragoza y allí estuvo enterrado Melchor Ocampo, exhumado para ser llevado a Michoacán. Asimismo permanecen las restos de José María Lafragua, 1873-1875, primer director de la Biblioteca Nacional y fundador de la publicación literaria de crónica teatral *El apuntador*, Antonio Castro, “considerado el mejor actor mexicano del siglo XIX, 1816-1863 y algo para el asombro: existe un nicho, el número 19, donde se afirma que descansa la hermosa e inquieta bailarina Isadora Duncan, quien realmente murió en 1928 en un accidente en Niza y fue sepultada en el célebre cementerio de Père Lachaise en París. Las autoridades han puesto una advertencia sobre la extraña broma y concluye diciendo que es posible que ello se haya dado por una razón poderosa: el general Plutarco Elías Calles, el terrible caudillo que dio vida a innumerables obras literarias a base de quitar la de sus rivales políticos, estaba enamorado de ella.

Para mí y para mis compañeros de escuela secundaria el punto clave eran los cines que comenzaban sus proyecciones desde las once de la mañana: Cineac, Cinelandia (únicamente de caricaturas, la mayoría de Walt Disney y Walter Lantz) y, obviamente, el inolvidable Savoy, mi sala favorita: en ella vi toda clase de filmes norteamericanos (debo confesar que aún ahora no he logrado ser adicto al cine mexicano). Era un lugar fantástico para los romances con jovencitas que igualmente se habían ido de pinta. En esa pantalla pude ver a Gene Kelly y a Fred Astaire, Ginger Rogers, Clark Gable, Robert Taylor, Alan Ladd, William Holden, Judy Garland, Marilyn Monroe, Kim Novak, Cary Grant, Debora Kerr, Victor Mature, John Wayne, (quien solito exterminó a todos los indios de

América del Norte), Elizabeth Taylor, Mel Ferrer, King- Kong, Stewart Granger, Eleanor Parker, Kirk Douglas, Marlon Brando, James Dean, y a cualquiera que pueda ser citado de la memorable cinematografía de Hollywood. Estos cines estaban realmente muy cerca unos de otros, el Savoy en el Pasaje del mismo nombre, en la calle de 16 de septiembre, hoy desaparecido y casi enfrente se encontraban los otros dos citados.

Otra posibilidad en ese rumbo era ir, de la mano de mamá, al Café Tacuba, creado en 1912, luego de comprar algún juguete importado en El Jonuco, citado por Martín Luis Guzmán y por Fernando Benítez, o ir a Sidralí que expendía medias noches y refrescos de manzana en la esquina de Palma y Madero. A veces, la acompañaba a una tienda que vendía perfumes y esencias (aún existe), a un lado de la que fuera casa de doña Carmelita Romero Rubio de Díaz, esposa del general Porfirio Díaz, en Tacuba 5. Nunca he sabido si la utilizó. Una visita encantadora era la dulcería Celaya (de 1874) con su bien cuidado mobiliario del siglo XIX y sus elegantes colecciones de sabrosos dulces mexicanos, en 5 de Mayo.

Casi frente al Café Tacuba está la Biblioteca del Congreso de la Unión, especializada en historia de México, no lejos de la azarosa construcción que durante muchos años albergó a la Cámara de Diputados, Donceles y Bolívar, hoy convertida en Asamblea Legislativa, frente al Montepío Luz Saviñón, que era la casa del factor Juan de Cervantes Casasús, erigida en 1735.

Pero no es posible avanzar sin precisar que el Café Tacuba, en Tacuba 28, era frecuentado por José Luis Martínez y la joven pareja, hermosa y falsamente promisoría, integrada por Elena Garro y Octavio Paz. Por esos años, Salvador Novo, un enamorado del centro, utilizaba sus mesas para comer y quizá escribir un poema memorable. Más adelante, un asiduo de ese restaurante fue Oscar Lewis. Dicen algunos que allí conoció a Santos

Hernández, quien le serviría de modelo para llevar a cabo su interesante investigación que desembocara en *Los hijos de Sánchez* que tanta polémica provocó.

El hermoso Sanborns de los Azulejos, de curiosa historia mezclada con leyendas coloniales, ha sido visitado, en sus mejores momentos, por muchos escritores. Uno de los más frecuentes era Andrés Henestrosa a grado tal que decía, en son de broma (y hasta llegó a publicarlo en un artículo nostálgico), que él era el Hombre de Sanborns. Por cierto, escribió en un artículo que había bebido con tres generaciones de Avilés: con mi abuelo, mi padre y, desde luego, conmigo, lo curioso es que en los tres casos precisaba los lugares con prodigiosa memoria. Conmigo, en este centro histórico, lo hizo varias veces en La Ópera y en otra ocasión lo acompañé a un homenaje que la Fundación cultural Banamex le hizo en el hermoso edificio que se conoce como Palacio Iturbide, residencia de don Agustín nombrado primer emperador de México el 15 de mayo de 1822, en Madero. Exaltamos sus cualidades de hombre de letras, y litros, decían sus no muy cercanos amigos, Martha Chapa y yo ante un público curioso formado por gente de Juchitán, empresarios y banqueros. Lo que mucho me llamaba la atención en Sanborns de los Azulejos es el bello mural de Orozco, fechado en 1925 y que lleva por título *Omniciencia*. En ese lugar donde acudieron los zapatistas a desayunar en 1913, por una temporada, fui asiduo con el yerno de José Vasconcelos, Herminio Ahumada, un hombre generoso que solía escribir poemas para obsequiárselos a sus amigos en fechas navideñas. Más aún, en este edificio emblemático conocí a una periodista famosa por ser la primera mujer en conseguir las ocho columnas con una entrevista hecha a Adolfo López Mateos: Hylda Pino Desandoval, quien así como rehizo su nombre pudo construir un grupo legendario en el periodismo mexicano: 20 mujeres y un hombre; al frente

de su “pequeño ejército” disparó fuego graneado a una larga hilera de señores afamados obteniendo resultados periodísticos interesantes que se conservan en la memoria de tres o cuatro volúmenes que ella misma hizo editar. Yo fui uno de sus entrevistados, cuando en 1985 ocupaba la dirección general de Difusión Cultural de la UNAM y al mismo tiempo fundaba el suplemento cultural *El Búho* en la casa *Excélsior*.

El churrigueresco Sanborns cubierto por azulejos traídos de China, según alguna información, fue el resultado de un reto paternal: “Hijo, tú nunca irás lejos ni harás casa de azulejos.” Y el hijo del conde del Valle de Orizaba construyó el palacio que alberga historias de apariciones fantasmales y más de una leyenda como aquella que me narró mi padre y que ahora es parte de un tarjetón con datos sobre la casona: Dos hombres notables de la Nueva España entraron simultáneamente por el lado que deja el sitio que hoy ocupa el edificio Guardiola, la única calle Condesa, en sus respectivos carruajes. Ninguno le cedía el paso al otro y así permanecieron largo rato hasta que el Virrey decidió, en un gesto salomónico, obligarlos a retroceder: uno hacia Plateros, hoy Madero y el otro hacia lo que ahora llamamos 5 de Mayo. Para mayores datos, albergó al elegante Jockey Club después de 1891 hasta que en los inicios del siglo XX se crea una farmacia y una fuente de sodas. Las fotografías de los zapatistas desayunando en el Sanborns como más o menos hoy lo conocemos, dejan honda impresión.

La famosa y bella Casa de los Azulejos ha sido punto clave en nuestra historia: allí estuvo Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, durante los años agitados de la revolución estuvieron los zapatistas y los carrancistas, en 1915 se transformó en Casa del Obrero Mundial. Más adelante los modernistas lo escogieron para sus reuniones, y algo semejante hicieron los contemporáneos, de tal suerte que Torres Bodet,

Gorostiza, Villaurrutia, Novo y Montellanos, solían comer en Sanborns de los Azulejos.

Atrás de Bellas Artes, en Hidalgo, podíamos encontrar varias librerías de viejo que han desaparecido o se han introducido de lleno al primer cuadro, la zona más vieja de la ciudad, por las calles de Donceles, Palma, Argentina y Luis González Obregón. Una merece especial atención. Libros escogidos, a dos pasos del bello Hotel de Cortés, de un refugiado español, Polo Duarte con cuyos padres había llegado muy niño a México, gracias al apoyo del general Cárdenas. Esta sección de la vieja ciudad tenía un convento del siglo XVII, que ahora aloja la Pinacoteca Virreinal, inaugurada por Adolfo López Mateos en un periodo de intensa creatividad. Enfrente, indica una vieja placa, estuvo el quemadero de la Santa Inquisición (1596 a 1777), cuya sede luego fue ocupada por la Escuela de Medicina, en Santo Domingo, a un lado de la SEP. Sobre Hidalgo por ventura hoy contamos con dos nuevos museos: el de la Estampa y el Franz Mayer.

Polo Duarte tenía verdaderos tesoros, libros viejos y nuevos, espléndidos. Poseía, además, una interminable colección de autógrafos, páginas arrancadas a libros de personajes famosos que habían parado en sus manos, tal como dice Gabriel Zaid: "los libros dedicados tienen la extraña vocación de acabar en las librerías de viejo." Solía mostrarla orgulloso. Yo compré, una vez, un libro de Arreola firmado por Sergio Pitol. Allí se hacía una tertulia sabatina en la que predominaban los españoles: concurrían el poeta Juan Rejano, el novelista Otaola y el crítico de cine Francisco Pina, todos ellos republicanos y hombres de vasta cultura y amplia generosidad. Entre los jóvenes iban Gustavo Sáinz, Gerardo de la Torre, yo, desde luego. En Libros Escogidos conocí personalmente al escritor y editor Alejandro Finisterre y a José Ceballos

Maldonado, novelista michoacano, algunas veces estuvo el poeta León Felipe y vi por una ocasión al cineasta Luis Buñuel, amigo de Rejano. Invariablemente concluíamos con una visita a El Hórreo, restaurante español que permanece a un costado de la Alameda, a pocos pasos de donde estuvo el bello Hotel del Prado, sitio en el que por muchos años mantuvieron tapiado al célebre mural de Diego Rivera el *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central* a causa de la frase del Nigromante “Dios no existe”, palabras que finalmente Rivera aceptó sustituir por la cita donde apareció la sentencia del escritor liberal. En este mismo hotel, había una grata librería, un Sanborns, un cine pequeño y un bar, el Nichte Ha. Atrás, estuvo la estación de bomberos en un notable edificio art-decó, justo en la esquina que conforman Revillagigedo e Independencia. A dos calles se erguía medio siniestra una construcción porfirista cuya vocación policíaca y de hospital de primeros auxilios le dio mala reputación: en una de sus lúgubres salas murió el famoso revolucionario ruso León Trotski el 21 de agosto de 1940 a manos de un personaje desconcertante, como extraños fueron aquellos años en que el mundo esperaba las grandes agresiones del fascismo: Ramón Mercader.

Cuando al comienzo de la década de los cincuenta se irguió nuestro primer rascacielos, todos quedamos muy complacidos: ya éramos Nueva York en muy pequeño. La Torre Latinoamericana, con sus 182 metros de altura y 44 pisos, nos resultaba un prodigio: sus cimientos resistirían cualquier temblor, algunos tan severos como el que derribó en 1957 el ángel de la Independencia o el del 19 de septiembre de 1985, cuya violencia destruyó infinidad de edificios entre ellos el Hotel Regis. Así ha sido. En la parte superior estaba un bar, el Muralto, donde tocaban un aceptable jazz. Para la ciudad capital era y es muy alto, habrá que añadir que también es feo. Sobre Avenida Juárez, a unos metros de San Juan de

Letrán, estaba la más hermosa de las galerías de arte: Misrachi, que vendía obras maestras de pintores mexicanos y libros de arte.

Exactamente en Avenida Juárez 42, frente al centro de la Alameda, estuvo un elegante edificio en cuya parte superior estaba el OPIC, siglas que significaban Organismo de Promoción Internacional de Cultura, su titular era Miguel Álvarez Acosta y de la programación literaria y de los eventos de la Sala de Arte se encargaba el poeta sonoreense Abigael Bohórquez. Por ese sitio, entre 1964 y 1970, pasaron infinidad de escritores y artistas. Recuerdo a muchos: José Emilio Pacheco, Xorge del Campo, Manuel Mejía Valera, Efraín Huerta, Carlos Bracho, Eduardo Rodríguez Solís, Carmen de la Fuente, Leopoldo Ayala, Alfredo Cardona Peña, Thelma Nava, Esther Puyhol, hermana de Lénica, poeta la primera, novelista la segunda y esposa de Arqueles Vela, Otto-Raúl González, Olivia Revueltas, Dionicio Morales, Antonio Castañeda, Eugenio Chávez... En esa amplia sala leyó Gabriel García Márquez un capítulo de la que sería su célebre novela *Cien años de soledad*. Yo leí algunos de los cuentos que integrarían mi primer libro de relatos: *Hacia el fin del mundo*. Me parece que las deudas con el poeta Bohórquez son impagables. Dionicio, más generoso y pagador que los demás, ha escrito excelentes páginas sobre él. Vale la pena añadir que los sitios de reunión alrededor de OPIC eran la heladería Kikos, la librería Juárez y el Café Chufas, situado en López.

Resultaba una delicia caminar esos rumbos entrañables. En aquellos tiempos era usual pasear por Avenida Juárez y donde estaba El Caballito de Tolsá (sustituido más adelante por la más adecuada Cabeza de caballo de Sebastián), para doblar en Bucareli a la izquierda, hasta llegar al Café La Habana, donde se reunían los periodistas de *Excélsior*, *El Universal*, *Novedades* y *El Nacional*. Un paseo obligado. Con un poco de suerte podía

uno toparse con Salvador Novo, Rubén Salazar Mallén, Rafael Solana, José Revueltas, Héctor García (entonces un fotógrafo no tan prestigiado como lo es hoy), Sergio Magaña, Luis Spota, Antonio Magaña Esquivel, Fedro Guillén, Ermilo Abreu Gómez, la guapa periodista y novelista Magdalena Mondragón, Juan de la Cabada (al que conocí cuando ingresé tempranamente en la Juventud Comunista), el inolvidable Tlacuache, el humorista, literato y diplomático, César Garizurieta (“Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error”), quien ante la incompreensión del Estado optó por suicidarse, Ricardo Garibay, Manuel Marcué Pardiñas, Juan Rulfo, José Alvarado, Carlos Denegri (de tan dudosa reputación), Pancho Liguori, eterno enamorado de Griselda Álvarez y un epigramista formidable, cuyos dardos yo también sufrí, José Pagés Llergo, Edmundo Valadés a punto de hacerse famoso por *La muerte tiene permiso*, algunos poetas centroamericanos que llegaron huyendo de tiranías para encontrar un país generoso: Alfredo Cardona Peña (de Costa Rica), Otto-Raúl González (Guatemala), Carlos Illescas (Guatemala), Raúl Leyva (Guatemala), Tito Monterroso (Guatemala), y el crítico literario Francisco Zendejas (entonces con su sección Multilibros en *Excélsior*, “la cuartilla mejor pagada de México, René”) y un muy cercano amigo de mi padre, entre muchas otras figuras señeras. Con muchos de ellos establecí cálidas conversaciones en el Café La Habana: destacan mis encuentros con Ermilo Abreu Gómez: nunca dejaba de aconsejarme leer a los clásicos y en particular a los de habla castellana. Fue gentil y me firmó con letra pequeña y nerviosa, varios de sus libros, entre ellos *Canek*. Algo de esto, me parece, narro en *Recordanzas*, un libro autobiográfico. Muchos me han contado que en “el Habana” se reunían no sólo republicanos españoles a soñar con la caída del franquismo, sino también un grupo de fervorosos revolucionarios apenas conocidos, que planeaban un ataque a Cuba con

el fin de derrocar al tiranuelo Fulgencio Batista, destacaban dos: Fidel Castro y un argentino que respondía al nombre de Ernesto Guevara, el Che.

En el trayecto se podían ver las salas cinematográficas más bellas del país: Alameda, Metropolitan, El Palacio Chino, Real Cinema y la pequeña y confortable que estaba en el Hotel del Prado, que había tomado su nombre del hotel: Cine Prado, que exhibían siempre filmes europeos, principalmente franceses. Casi llegando a Bucareli, existió la amplia librería El Caballito en cuyas paredes colgaban grandes cuadros de escritores mexicanos famosos; a ese sitio llegué a los 16 ó 17 años a solicitarle el autógrafo a Carlos Fuentes: acababa de publicar en el Fondo de Cultura Económica su novela *La región más transparente* e iniciaba una magnífica carrera internacional. Fui afortunado, a casi todos los conocí y traté personalmente. En 1965, recién casado con Rosario, sin empleo fijo, tuve que convertirme en vendedor de libros al servicio de la empresa editorial Ediapsa de Rafael Giménez Siles, editor de muchos libros importantes y quien con Emmanuel Carballo arrancaron colecciones de nuevos novelistas donde aparecieron Parménides García Saldaña y Margarita Dalton. Juan Tovar, compañero de andanzas iniciales, me advirtió que don Rafael era un hombre severo en exceso. La necesidad me hizo ignorar al joven escritor y comencé a vender libros de tal compañía recorriendo desde el Zócalo hasta Bucareli todas las librerías, en especial las de mayor peso como la Madero, El Caballito y la de Porrúa hermanos. Estaba yo sujeto a comisión y me parece que sólo obtuve algunos dineros a causa de la exitosa venta de un libro editado bellamente por ERA sobre Remedios Varo. También, por esos aciagos meses esclavizado por Giménez Siles, vendí muchos libros de Luis Spota y del discutible periodista Roberto Blanco Moheno. No me quejo: a cambio del trato

despótico de don Rafael, los libreros solían ser generosos conmigo y al mismo tiempo me advertían que tuviera cuidado en parecerme a mi patrón, pues me “enseñaría a aullar”, me regalaban libros. Una vez, Antonio Navarrete, de Zaplana, ya en San Juan de Letrán, me obsequió tres novelas, una era de Günter Grass, *El tambor de hojalata*, y era costosa.

Las cantinas no se limitaban a la famosa Ópera, estaban también algunas otras como El Nivel, El gallo de oro, La puerta del Sol (la favorita de mi padre y de mi tío Sergio Avilés Parra, también escritor y periodista, situada en Palma y 5 de Mayo, a menos de diez pasos de su despacho, en la que a veces se encontraban con Fedro Guillén y Luis Spota, ambos muy amigos de mi tío), ocasionalmente iba el admirable Renato Leduc; Los tranvías, La universal que alojaba a los periodistas del rumbo de Reforma y Bucareli, y algunas otras que han desaparecido o se han convertido en restaurantes de corte aburrido y familiar, con niños incluidos. En La puerta del Sol, Fedro Guillén me miró fijamente y me advirtió: Si las cantinas son grandes universidades de la vida, tú y yo somos rectores.

Una calle inolvidable fue Bolívar entre Uruguay y Venustiano Carranza: allí estaban los cafés que solían frecuentar masivamente los españoles republicanos, todos ex combatientes, guerreros de gran valor en la injusta contienda, y algunos intelectuales, a recordar sus respectivas regiones, a hacer nostalgias y pensar en el regreso victorioso a la muerte de Franco. El Tupinamba y Café Do Brasil eran los de mayor jerarquía. Uno iba a beber sorbitos de buen café y escuchaba el castellano como si estuviera en Madrid: los españoles desgranaban historias de valor y romanticismo de la Guerra Civil. La mayoría de ellos murió antes que el tirano Franco y aquellos que lograron volver a España se toparon no con la República sino con la monarquía resucitada como última voluntad del dictador. Fue el caso del poeta y militante comunista Juan Rejano, quien

falleció en una operación, cuando trataba de regresar a España para luchar nuevamente por la República.

El Café Trevi, fundado en 1955, esquina de Colón y Dr. Mora, se mantiene, ya sin brillo, frente a la Alameda, cerca del famoso Hotel Regis, cuyos baños fueron frecuentados por grandes personajes de la política. El Trevi era visitado por muchos músicos e intelectuales, entre ellos el italiano Uberto Zanolli, director de orquesta y compositor llegado a México en 1953 contratado por Bellas Artes, quien descubriera a un notable músico veneciano que radicó por años en Madrid en el siglo XVIII, Giacomo Facco y cuyo inmenso legado musical paró misteriosamente en el antiguo Colegio de las Vizcaínas y volvió a ser interpretado en 1962, dirigido por el propio Zanolli, en el Alcázar del Castillo de Chapultepec, sin duda el museo más visitado de México y cuyos aires románticos le vienen de la invasión norteamericana de 1847, el mito de los Niños Héroes y, fundamentalmente, porque allí habitó la pareja imperial compuesta por Maximiliano y Carlota; más adelante Porfirio Díaz. El bosque que lo rodea hoy es un desastre, pero algunos todavía lo recordamos misterioso, enigmático, con aguas limpias, escasos transeúntes, fresas silvestres y una pequeña feria pueblerina que desapareció debido a que en sus instalaciones anidaron varias serpientes. Era el lugar donde mis padres, a punto de separarse definitivamente, me llevaban los domingos. Fue el lugar bucólico en que recibí mis primeras lecciones de historia patria, hazañas como las defensas heroicas de Chapultepec y Puebla. Tendría yo menos de cinco años y padres que amaban a su país.

El hermoso Palacio de Bellas Artes, mi única iglesia: donde conocí a Claudio Lenk y a Héctor Azar, por fortuna vi dirigir a Luis Herrera de la Fuente y a mi tío Uberto Zanolli, bailar a Tamara Toumanova, Gloria

Contreras y a mi querida amiga Guillermina Bravo, escuché una conversación entre Carlos Pellicer y Salvador Novo y estuve oyendo a mi tía la soprano Betty Fabila representando *Madama Butterfly*, *Bohemia* y *La Traviata*, entre otras óperas. Allí también escuché al barítono Roberto Bañuelas y a su esposa la soprano Hortensia Cervantes, cuya amistad, por ventura, se ha mantenido incólume hasta hoy. Por desgracia no estuve cuando Maria Callas cantó dirigida por Zanolli ni me correspondió estar en su sala cuando lo hizo Montserrat Caballé en *Un ballo in maschera*. No sabría decir cuántas veces estuve en Bellas Artes cuando se presentaba el Coro de Madrigalistas de Luis Sandi: de la secundaria nos llevaban dentro de un programa llamado algo así como Juventudes Musicales. Todo ello, sin considerar que allí tuve mi primera aparición literaria pública de relevancia en la sala Manuel M. Ponce (antes de que se democratizara) y cuando se realizó el homenaje nacional al poeta Rubén Bonifaz Nuño, le acompañé en su lectura y fui uno de los oradores en la sala principal.

El paseo concluye en el Palacio de Bellas Artes.

Leo en un documento oficial una breve historia que vale la pena transcribir: “Asistir al Palacio de Bellas Artes, nos permite remontarnos a los días en que este lugar hacía eco de las oraciones de las monjas del convento de Santa Isabel que el siglo XIX desterró para cumplir con la misión mundana de habitar y fabricar ropajes. Pero ello no bastó, pues la vida burguesa beneficiada con la paz porfiriana necesitó de nuevos espacios para el entretenimiento. Es por ello que se proyecta un nuevo Teatro Nacional, que situado al frente de la Alameda, daría esplendor moderno a esa Ciudad de los Palacios. El ímpetu revolucionario retomó aquel proyecto para acondicionarlo a los nuevos tiempos, inaugurándose con geométrico interior el año de 1934. Al convertirse en la Sede del

Instituto Nacional de Bellas Artes, amplía y retoma sus funciones originales como centro cultural y social de gran importancia.

“Durante la edificación del Palacio de Bellas Artes fueron encontradas una piedra de sacrificios esculpida con una serpiente emplumada, una fuente de azulejos y la lápida perteneciente a doña Catalina de Peralta, benefactora de la fundación del Convento de Santa Isabel. Este edificio surgió al amanecer del siglo XVII cuando las monjas del convento de Santa Clara promovieron la creación de una nueva casa. Para lograrlo contaron con la donación del predio de doña Catalina, contiguo a la Alameda, a sólo tres calles de la sede clarisa de la calle de Tacuba e inmediata a la fuente que surtía el agua ligera de Santa Fe.

“Debido a los hundimientos, entre 1676 y 1681 se edificó una nueva iglesia, esta ocasión patrocinada por Diego del Castillo, cuya decoración mudó con los siglos pero que cambiara definitivamente sus funciones tras la salida de las monjas en 1861 y la venta del inmueble. Dicho templo -- que se localizaba en lo que hoy es la portada oriente del Palacio y parte de la plaza-- fue convertida en bodega y fábrica de sedas. Por su parte, el convento, una vez fraccionado sirvió como casas de vecindad durante el resto del siglo XIX. Sus dos secciones estaban separadas por un callejón llamado de Santa Isabel que desembocaba en la Alameda.

“Para entonces, los habitantes de la ciudad gustaban de la vida social y habían tomado afición por la ópera que se representaba en el Teatro Principal, inaugurado en 1826 en la calle de Vergara (hoy Bolívar). Fue allí donde se estrenara jubilosamente el Himno Nacional Mexicano y ofreciera funciones de teatro, tandas y óperas concurridas por la “gente bien”, para disfrutar la música de Rossini. Dicho público tenía toda su atención en Europa al grado que, pese a los cambios políticos, se organizaran fastuosos bailes aristocráticos amenizados con los valeses vieneses.

“Hacia fines del siglo, el Principal continuó siendo importante centro social que, aunque contaba con un escenario reducido, no impidió la representación de cuplés, operetas y zarzuelas. Ya en el ocaso del siglo del Progreso se emprende una fiebre constructiva que enmarcaría las fastuosas celebraciones del centenario de la Independencia en 1910 --en el que María Conesa cantara el Himno Nacional-- y se encargaran decenas de monumentos, como el Hemiciclo a Juárez, la Columna de la Independencia, y se proyectan el Palacio Legislativo y el nuevo Teatro Nacional.”

Las necesidades artísticas de México.

El citado documento sigue: “Las necesidades sociales de una ciudad que se expandía hacia el Poniente promovieron que se demoliera el Teatro Principal en 1901 para abrir la calle de 5 de Mayo hasta llegar a Santa Isabel, donde se construiría un gran Teatro de Ópera. El aumento del público, la complejidad técnica de los espectáculos y el gusto por la vida social impulsaron que la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas convocara un concurso para su construcción.

El mejor proyecto, el de mayor trascendencia, fue presentado por el arquitecto italiano Adamo Boari (Ferrara 1863-Roma 1928), quien había trabajado en Brasil, Chicago y Nueva York, y ya estaba instalado en México a causa de un trabajo fundamental: el Palacio de Correos de la Ciudad de México.

“En 1904 se inician los trabajos del Teatro Nacional, que no sigue los lineamientos historicistas de su vecino edificio de Correos, ni el neoclasicismo del monumento a Juárez, sino que pugna por un modernismo de inspiración romántica. En la construcción se emplearon los últimos adelantos técnicos, como el emparrillado con plancha de concreto y estructura de acero, permitiendo la disposición de grandes

espacios. Para ello trabajaron, por una parte la compañía norteamericana Milliken Brothers y el ingeniero Gonzalo Garita, y por otra varios artistas bajo la dirección de Boari hasta 1913 cuando, a causa de las difíciles condiciones políticas se detuvo la construcción. Para entonces se había terminado la estructura, las fachadas, la gradería e instalado la maquinaria.

“Más que un teatro, el Palacio de Bellas Artes es un foro múltiple: el vestíbulo con su triple cúpula está destinado a ser salón de exposiciones, el *Hall* para eventos sociales; el teatro, con sus logias exteriores y el enorme cubo del escenario; y las oficinas y dependencias de la parte posterior. El conjunto articula coherentemente las tres áreas desde su vista lateral y al frente da la impresión de un enorme espacio debido a las cúpulas y la clara demarcación de sus niveles horizontales.

“La fachada principal también se divide en tres cuerpos. En el central destaca el magnífico pórtico con su columnata de mármol de Carrara. En la parte superior se halla un gran tímpano, en el que destaca el conjunto escultórico del italiano Leonardo Bistolfi (1859-1933) con una figura central femenina que representa *La Armonía*, rodeada de los estados del alma musical: dolor, ira, alegría, paz y amor. A este conjunto lo enmarca una archivolta de querubines y finaliza con las esculturas de *La música* (izquierda) y *La inspiración* (derecha), también de Bistolfi.

“En el resto de la composición hay varios aspectos destacados. Entre ellos los remates ondulantes que concretan la idea de Boari de diseñar con las líneas de una “bocanada de humo”. Esta concepción, inmersa ya en el Art Nouveau, se observó en la Pérgola que estuvo a un costado del Teatro, dentro de la Alameda que albergó un mercado de flores y la Librería de Cristal hasta 1973.”

(Permítaseme una digresión: a la Pérgola solía llevarme mi padre. Íbamos a comer al restaurante que tenía, enseguida me encaminaba a la librería y me compraba alguna edición ilustrada de los clásicos. En 1950, ya distanciado de mi padre, me tocó ver, en una de sus vitrinas, una fotografía suya: servía para anunciar su nueva novela: *Leonora*, publicada en 1949, la conmovedora historia de mi hermana mayor fallecida prematuramente, antes de cumplir trece años. Un libro urbano, de corte psicológico, en una época en que la literatura era dominada por la presencia rural. Mi madre y yo aparecemos en sus páginas como personajes; sin duda, ese encuentro me condujo a ser escritor.)

Prosigamos con el Palacio de Bellas Artes.

“Flanqueando el pórtico se encuentran las esculturas de *La Juventud* y *La Edad viril* de André Allar. Otras esculturas, que se colocaron en los espacios laterales, fueron las destinadas al Palacio Legislativo, como *La Paz* de Paul Gasq y *La verdad* de Honoré Marqueste. En todas se emplean figuras femeninas. Varios detalles escultóricos otorgan interés al conjunto, como son las máscaras de mono, coyote y caballero águila en las claves y arranques de algunos arcos; los mascarones representando las estaciones del año y los originales capiteles del pórtico.

“Entre otros detalles decorativos valiosos hay que señalar la herrería, diseñada por Alessandro Mazzucotelli, traída desde Italia y otras de Luis Romero Soto hechas por herreros mexicanos. El metal, oculto en el edificio parece brotar en la cúpula central, que ostenta un águila de bronce con las alas desplegadas a la manera porfiriana y en la base varios danzantes en círculo, obra de Geza Maroti.”

Vale la pena, digo yo, mirar largamente el plafón luminoso de la sala principal, también trabajo de Geza Maroti, formado con polígonos de cristal opalescente y figuras de cristales policromados de forma circular y

ligeramente cóncavo: se trata de una espléndida representación del Olimpo: Apolo está al centro rodeado, como debe ser, por las nueve musas: Caliope, Clío, Terpsícore, Erato, Polimnia, Urania, Talía, Euterpe y Melpómene, hermosas y eternas.

“En los cubos que rematan el escenario, Boari proyectó colocar cuatro Pegasos que realizó el catalán Agustín Querol. Su volátil fugacidad los llevó un tiempo al Zócalo, pero regresaron con nuevos pedestales al frente del Palacio para enmarcar el cuadrángulo de la plaza. En ésta también se colocaron recientemente unas fuentes curvilíneas y jardineras.

“La Revolución de 1910 modificó todos los aspectos de la vida mexicana, no obstante, el interés por que el Teatro Nacional se concluyera impulsó a los primeros gobiernos revolucionarios a mantener el proyecto. Para 1929 se inicia su terminación, encargando el proyecto al arquitecto Federico E. Mariscal (1881- 1971), quien había realizado el Teatro Esperanza Iris. En esta ocasión el estilo del edificio respondería también a un interés moderno traducido en las formas geometrizarantes del Art Decó.

“Al ingresar por sus puertas de hierro se entra al mundo mármóreo, donde se combinan el rojo queretano de las columnas con el negro de la escalinata central y el granito noruego de las laterales. Al centro mismo del vestíbulo se encuentra el mayor espacio abierto del edificio, que iluminado desde las cúpulas, permite apreciar sus tres niveles.

“En la planta baja destacan las lámparas de inspiración futurista. En el primer descanso de la escalinata se encuentra la puerta principal del teatro que semeja la de un templo, con sus mascarones de Tláloc (dios mexica del agua) fundidos en bronce. Estos tienen su complemento en los grandes crótalos-columnas que parten de este nivel y rematan en el tercer piso con unos mascarones de Chac (dios maya de la lluvia).

“En los muros laterales del primer piso se encuentran los murales de

Rufino Tamayo: *Nacimiento de la nacionalidad* (1952) y *México de hoy* (1953), en los que se evoca el tema del mestizaje a través de un balanceado colorido. En este nivel se encuentran las salas Manuel M. Ponce y Adamo Boari (para música de cámara y funciones literarias) y las Salas Nacional e Internacional (antes *hall*) dedicadas a exposiciones. En ella destacan las grandes lámparas de cristal, realizadas por la casa Edgar Brant de París.

“Al llegar al segundo piso encontramos una galería que bien puede resumir al movimiento muralista mexicano: de José Clemente Orozco *Catharsis* (1934); en la parte central las obras *Nueva Democracia* y *Homenaje a Cuauhtémoc*, de David A. Siqueiros; Diego Rivera pintó en 1934 *El hombre en el cruce de caminos*, donde retoma la obra sobre el desarrollo del socialismo censurada en el Rockefeller Center de Nueva York; asimismo se encuentran *La Dictadura*, *La danza de Huichilobos* y *México folklórico y turístico* en que Rivera recurre a su prolija narrativa visual. El tercer piso alberga el Museo de Arquitectura, en el que se presentan interesantes exposiciones temporales.

“...La sensación de lujo de la sala del Teatro inicia con el gran telón de cristales opalescentes en los que se dibujan los volcanes mexicanos encerrados en miles de piezas. Este telón fue diseñado desde el proyecto inicial, luego dibujado por Gerardo Murillo (1875-1964) y realizado por la casa Tiffany de Nueva York para servir de cortina incombustible.

“En los costados y columnas también brillan los mármoles cremados de Yauhtepec y verdosos de Oaxaca que enmarcan el finísimo arco del proscenio proyectado y realizado en Budapest en los talleres de Geza Maroti. En él se describe la evolución del arte teatral. Siguiendo su línea ascendente la vista pasa por los arcos estructurales del centro de la sala y llega hasta el plafón de la Galería, también obra de los húngaros, donde las musas rodean a Apolo para formar un vitral de luz variable.”

Ya son pocos los que recuerdan la inauguración del Palacio, en 1934, con *La verdad sospechosa*, de Juan Ruiz de Alarcón. El presidente de México era Abelardo L. Rodríguez, el discurso oficial estuvo a cargo del crítico literario Antonio Castro Leal y Carlos Chávez dirigió su propio trabajo musical. Adelante, fue el escenario donde Chávez desplegó sus matinés dominicales y alojó a la Sinfónica de México de los años treinta y que a partir de entonces resonara con los estrenos de Stravinsky o Hindemith. Con el paso de los años las obras teatrales se llevaron a la Unidad Cultural del Bosque, y al vecino Teatro Hidalgo, quedando Bellas Artes dedicado a las funciones sinfónicas, dancísticas y operísticas principalmente. Cuando cumplió cincuenta años de edad, en 1984, las autoridades realizaron festejos dignos del palacio. Destaco algunos. Música, dirigida por Luis Herrera de la Fuente; en danza, Anna Sokolow llevó a cabo un homenaje a David Alfaro Siqueiros y de nuevo pusieron *La verdad sospechosa* ahora dirigida por Héctor Mendoza y cantantes espléndidos interpretaron *Sansón y Dalila* de Camille Saint-Saëns con Alfonso Navarrete, Martha Félix, Roberto Bañuelas y Enrique Leff encabezando el reparto. El Bolshoi estuvo presente con *Raymonda* de Alexander Glasunov.

“Detrás del cortinaje --prosigue el citado documento con la descripción que no he visto jamás-- se encuentra toda una maquinaria teatral que involucra a cientos de personas para ofrecer funciones operísticas, musicales o teatrales. A casi cien años de proyectado, el interior del teatro podrá parecer pequeño con su aforo de cerca de dos mil espectadores, sobre todo por que el público asiste con gran entusiasmo, agotando las localidades con anticipación. Para los artistas, presentarse en Bellas Artes es un privilegio casi siempre destinado al mundo de la ‘alta cultura’, pero que en ocasiones también aloja manifestaciones populares.”

Si la sala principal ha sido fundamentalmente el albergue de grandes eventos sinfónicos y operísticos, de danza y teatro, y en ocasiones lugar para que los poetas mayores lean su obra, como ha sido el caso de Mario Benedetti, Rubén Bonifaz Nuño y Jaime Sabines, no podemos dejar de lado el recinto llamado Manuel M. Ponce, cuya vocación ha sido la de conferencias y presentaciones literarias. Esa sala alcanzó su mejor momento cuando Antonio Acevedo Escobedo, jefe de Literatura del INBA, en tiempos de José Luis Martínez, organizó varios ciclos memorables: uno de ellos, *Los narradores ante el público*, otro, *El trato con escritores*. En el primero, comenzaron a contar sus experiencias literarias los escritores de mayor edad como Fuentes, Spota y Solana, para concluir con los más jóvenes: José Agustín, Gustavo Sáinz y yo. La editorial Joaquín Mortiz editó los dos primeros ciclos y el tercero no halló acomodo. Mi participación fue publicada por una revista argentina, *Mundo Nuevo*, era tan ingenua como provocadora.

Los directores del INBA han sido los siguientes personajes: Carlos Chávez, Fernando Gamboa, Andrés Iduarte, Celestino Gorostiza, Miguel Álvarez Acosta, Luis Ortiz Macedo, Miguel Bueno, José Luis Martínez, Víctor Sandoval, Javier Barros Valero, Rafael Tovar y de Teresa, Gerardo Estrada, Ignacio Toscano y Saúl Juárez. Con muchos de ellos tuve una buena relación, a otros, como es natural, no llegué a conocerlos personalmente, mucho lo lamento, y alguno que otro me tuvo sin cuidado. A don Andrés Iduarte, brillante escritor de libros memoriosos como *Un niño en la Revolución Mexicana* y *Preparatoria*, lo traté después de su largo exilio en Estados Unidos, país a donde llegó luego de la salida de México a causa del permiso que dio para que Diego Rivera colocara la bandera roja de la hoz y el martillo sobre el féretro de la muy querida y genial Frida Kahlo. La burocracia mexicana estaba en esos momentos

muy preocupada por la guerra fría y del lado norteamericano, como ha sido natural. Fuimos buenos amigos y para mostrarme su afecto me firmó algunos de sus libros de recuerdos publicados por Joaquín Mortiz.

A José Luis Martínez lo comencé a tratar en su gestión como director del INBA. Fuimos presentados antes de mi participación en el ciclo *Los narradores ante el público*. Lo recuerdo sentado entre Rafael Solana y Hugo Argüelles, mientras yo criticaba al gobierno, era 1968. Más adelante fui un par de veces a su casa a morir de envidia ante su fantástica biblioteca, “toda leída”, como dijo la primera vez que lo visité.

Por años las oficinas de Literatura del INBA estuvieron en ese palacio, ahora están en Brasil 37, en lo que fuera la casona de Leona Vicario. Sucesivamente se llamó Departamento de Teatro y Literatura y Salvador Novo fue su primer titular. Más adelante modificaron su nombre a Departamento de Literatura y lo condujeron: Andrés Henestrosa (1955-1959), Fernando Sánchez Mayans (1959-1960), Antonio Acevedo Escobedo (1960-1970), Wilberto Cantón (1971-1972), Óscar Oliva (1973-1977). Luego se llamó Dirección de Literatura: Gustavo Sáinz: (1977-1981), Arturo Azuela (1982-1983), Gonzalo Celorio (interino), Margo Glantz (1983-1986) y Felipe Garrido (1986-1989). Actualmente su nombre es Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura y ha estado bajo la responsabilidad de Guillermo Samperio (1989-1992), Luz Fernández de Alba (febrero y marzo de 1992), Bernardo Ruiz (1992-1995), Daniel Leyva (1995-1997), Anamari Gomís (1997-2004) y Silvia Molina. Por fortuna, a todos los he conocido y con todos he tenido una espléndida relación.

Si para mis padres todo el México espiritual se concentraba en la SEP, en mi caso el Palacio de Bellas Artes simbolizaba y simboliza todo el arte y la cultura de México, a pesar de algunos desatinos de autoridades que

le han dado usos de corte populachero. Con este hermoso edificio cierro mi recuento de nostalgias.

Me faltaría tal vez hacer otro de comercios que conocí en esos rumbos, de almacenes y tiendas como El Palacio de Hierro, Telas Junco, El Puerto de Liverpool, El Centro Mercantil, hoy transformado en hotel de lujo, El Puerto de Veracruz, High Life, asimismo de lugares como la casa de los condes de Heras y Soto, edificada en 1760 por Adrián Ximénez de Almendral situada en la esquina de República de Chile y Donceles, hermoso sitio donde trabajé cuatro años al frente de las publicaciones del DF, en compañía de Luis Ortiz Macedo, cercano al remozado Teatro de la Ciudad de México. O de algunos de los comercios, jugueterías, perfumerías, teatros, restaurantes menos aparatosos que poblaban esa zona nuestra tan llena de historia y belleza y que asimismo albergaron en distintos momentos a escritores y artistas inquietos, quedan, pues, para otro texto.

*Este trabajo es el resultado de una tarea dominical que me encomendó la escritora Silvia Molina, directora del Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura del INBA. Un paseo de recuerdos por el centro histórico lo que me permitió recrear hermosas nostalgias. Comenzaba en la Plaza de Santo Domingo y la SEP y concluía en el Palacio de Bellas Artes, pasando por casi todos los grandes sitios mencionados.